

54
24.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES

"CAMPUS ARAGON"

**"LA PARTICIPACION DE MEXICO EN LOS
JUEGOS OLIMPICOS EN LA ERA MODERNA
(1896-1996)"**

C R O N I C A

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE :

LICENCIADO EN PERIODISMO

Y COMUNICACIÓN COLECTIVA

P R E S E N T A :

LUIS ENRIQUE GUTIERREZ ZAVALA

ASESORA:

MARTHA PATRICIA CHAVEZ SOSA

MEXICO

FEBRERO DE 1997

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Dios, por haberme dado la vida y la salud, y por el sinnúmero de bendiciones que ha vertido sobre mí.

A mis padres, por haberme enseñado el camino a seguir para llegar a ser una persona de bien. Gracias a su apoyo, cariño y amor hoy he alcanzado una de las metas más importantes de mi vida.

A mi esposa Araceli, porque a su lado he encontrado la felicidad y el amor anhelado, el cual fue la fuente de inspiración que llevó a buen término mi realización profesional.

A mis hermanos, para que este trabajo les sirva de motivación y les aliente a cumplir todos sus objetivos.

INDICE

Presentación

Orígenes de los Juegos Olímpicos de la Era Moderna	1
Significado de los juegos para los griegos	2
Los deportes de los juegos	3
La importancia del barón Pierre de Coubertin en la reinstauración de los Juegos Olímpicos en 1896	4
Las primeras experiencias de los Juegos Olímpicos de la Era Moderna	7
Los Juegos Olímpicos de 1896 a 1920	8
México se une al Comité Olímpico Internacional	16
Resultados y lugar en el medallero	17
La primera medalla mexicana en Juegos Olímpicos	18
Francisco Cabañas, primer medallista mexicano	20
Continúa la cosecha	26
Humberto Mariles, medallista mexicano	30
Joaquín Capilla, medallista mexicano	33
El resplandor mexicano en las Olimpiadas	42

Antonio Roldán, el camino hacia el oro	46
La ruta de Ricardo Delgado	52
El formidable Tibio Muñoz	59
La marcha, deporte de buenos recuerdos para México	68
El marchista de la década de los 70	69
Los Juegos Olímpicos de Los Angeles 1984	78
La cuarta fue la vencida para Raúl	80
Ernesto Canto, último medallista de oro	96
Triste colofón	105
FUENTES DE CONSULTA	
Bibliografía	109
Hemerografía	111
Fuentes vivas	116

PRESENTACIÓN

Cuando se habla de deportes en México, casi siempre se vierten opiniones encontradas. Es un tema controvertido, caliente, que en muchas ocasiones sirve de catarsis para quien opina o asiste a un espectáculo deportivo.

En nuestro país, el tema deportivo es una moda. Cuando se juega el torneo de fútbol local, la gente habla del repechaje y la liguilla, cuando está la Serie Mundial, todos se vuelven expertos en béisbol. Similares situaciones ocurren con el Superbowl o el Campeonato Mundial de Fútbol.

En 1996, el evento del año, el de moda, en cuanto a deporte se refiere, fueron los Juegos Olímpicos de Verano que se celebraron en Atlanta, ciudad del estado de Georgia, en los Estados Unidos. Los llamados Juegos del Centenario, pues se cumplió un siglo desde que el Barón Pierre de Coubertin, los reinstauró como símbolo de unión y fraternidad entre los pueblos.

A este evento, México acudió como lo ha hecho desde 1924 en París, en busca de una o quizá dos preseas, para entrar en el cuadro de medallas y así justificar el enorme derroche de dinero que se invirtió en la preparación de nuestros representantes. Y efectivamente se cumplieron las expectativas. Nuestros atletas volvieron a casa con sólo una medalla de bronce, la cual ganó el marchista Bernardo Segura en la prueba de caminata 20 kilómetros.

El vicio de siempre en un país de poco más de 90 millones de habitantes, que se dan el lujo de poseer la tercera infraestructura deportiva más completa del continente (estadios, entrenadores, canchas de entrenamiento, etc.), sólo abajo de países de primer mundo como Estados Unidos y Canadá.

Tal parece que el conformismo y la mediocridad van de la mano con el deporte amateur mexicano. En la historia de los Juegos Olímpicos apenas se han conseguido 41 preseas, nueve de ellas de oro. Sin duda un pobre balance, si lo comparamos con el total de personas que han integrado los contingentes que nos han representado en estas justas.

Lamentablemente esa es la realidad de nuestro deporte y no la podemos cambiar ni ocultar, por ello mejor rescatamos a los que han sobresalido. Son pocos, pero por fortuna existen personas que han dado la cara por México.

En este trabajo nos dimos a la tarea de buscar a los nueve medallistas de oro mexicanos. Quisimos conocer sus vivencias, obstáculos y todo lo que debieron sortear para subir orgullosamente al podio de vencedores. Es por ello y aprovechando que se conmemoraron 100 años del olimpismo moderno, que intentamos rendirles un pequeño homenaje en estas páginas.

Como ya se mencionó, no son muchas las alegrías y satisfacciones, predominan los fracasos y los sinsabores.

Pero éste es nuestro deporte, nuestra realidad. El mismo que vimos concursar en los Juegos Olímpicos de Atlanta, en los Juegos del Centenario.

En la realización de este trabajo, la información bibliográfica, predominantemente extranjera, fue básica. Es triste reconocerlo, pero no existen muchos libros en nuestro idioma para consultar y conocer acerca de la historia olímpica.

De igual manera, los detalles y anécdotas importantes que le dieron realce y sabor a la investigación, fueron recabados a través de la entrevista. Fue muy bello el haber sido testigo de cómo los entrevistados se transportaron al lugar de los hechos y recordaron con emotividad todo lo que vivieron antes, durante y después de sus competencias.

Asimismo, con la elaboración de este trabajo, queremos aportar nuestro granito de arena para que los estudiantes universitarios y por qué no, el público en general, interesados en temas deportivos relativos al olimpismo, puedan tener al alcance de su mano información veraz y confiable, que les ayude para solventar todas sus inquietudes.

ORÍGENES DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE LA ERA MODERNA

Se cumplieron cien años de los Juegos Olímpicos de la Era Moderna. La fiesta se efectuó con bombo y platillos en Atlanta, Georgia, ciudad de los Estados Unidos, en donde además de batirse récords olímpicos y mundiales, se rompieron marcas en el consumo de hamburguesas, palomitas de maíz, hot dogs y coca colas. Sin duda esa es una buena noticia para ambos rubros.

Sin embargo, también hay una mala, ya que ningún atleta mexicano colaboró en romper algún récord deportivo, pues apenas obtuvieron, como es ya costumbre, una medalla, y de bronce, en la prueba de caminata 20 kilómetros. Y tampoco ayudaron en la comilona, pues con la crisis económica, ningún compatriota acudió a la llamada ciudad de los duraznos y por ende no consumió.

Siempre es lo mismo, ya se hizo hábito. Cien años y el deporte en México no crece, sigue viviendo de los recuerdos, no gana medallas, no genera atletas competentes, pero eso sí, derrocha dinero a raudales y mantiene como dirigentes deportivos a verdaderos dinosaurios empresariales, que nada más se preocupan por acrecentar su fortunas y no por hacer algo por el deporte, ¿o no don Mario?.

¿Qué queda entonces por hacer? Hablar de los pocos mexicanos que han sacado el orgullo por su país, aquellas personas que tienen en su haber las nueve medallas doradas (41 en total), obtenidas en estos cien años de competencias olímpicas.

Han transcurrido casi 2800 años desde que en una ciudad de la Antigua Grecia, llamada Olimpia, el rey de los Eolos, Estenelo, firmó un armisticio junto con el espartano, Licurgo y el rey de Pisa, Cleóstenes, para garantizar una tregua y una paz sagrada. Dicho pacto se fortaleció con la celebración de unos juegos deportivos, los cuales se efectuaron cada cuatro años en honor de Zeus, máxima deidad olímpica.

Y vaya que los juegos eran sagrados. Un triunfo de los atletas que se inscribían para participar, provenientes de muchas partes del mundo griego, les confería una situación casi mítica y una honra para su familia.

Claro que así como había estímulos muy importantes para los vencedores, existían reglas demasiado estrictas. Aquel infractor de la disciplina o algún reglamento era castigado severamente, si le iba bien, y si su falta era muy grave, la muerte era inevitable.

SIGNIFICADO DE LOS JUEGOS PARA LOS GRIEGOS

Según la historia, los primeros Juegos Olímpicos de la antigüedad, datan del año 776 a de C. A partir de entonces y hasta el 393 de nuestra era, se llevaron a cabo cada cuatro años. ¿El por qué de este lapso?, sencillamente porque para los griegos el número cuatro tenía un significado especial, era cabalístico y les traía suerte.

Cuatro elementos dieron origen al hombre: fuego, viento, agua y tierra. Él, en agradecimiento, edificó cuatro templos: Delfos,

Corinto, Nemea y Olimpo, donde se celebraban cuatro competencias deportivas en honor a cuatro festividades. En las justas deportivas se otorgaban además cuatro premios.

LOS DEPORTES DE LOS JUEGOS

Durante los 1169 años que duraron los Juegos Olímpicos en la antigüedad, se compitió en varios deportes que a su vez desprendían varias disciplinas.

Carrera a pie: prueba de velocidad sobre diferentes distancias. 192.17 o 384.34 metros.

Salto de longitud: los atletas llevaban dos pesas de piedra, una en cada mano de poco más de cuatro kilos de peso, y mientras recorrían la distancia para tomar el impulso eran acompañados de música de flauta.

Lanzamiento de disco: prueba donde se requería ritmo, precisión y fuerza. El disco era de bronce con 32 centímetros de diámetro y 6.6 kilos de peso.

Lanzamiento de jabalina: prueba resultante de la necesidad práctica y cotidiana entre los griegos. La jabalina era diferente a la utilizada hoy en día.

Lucha: combinaba habilidad, agilidad y fuerza. Existían dos tipos, *Stadaia pale*, en la cual el luchador debía arrojar a su oponente al suelo, ya que se practicaba de pie, y *kato pale*, en donde ambos luchadores se desplazaban en el suelo hasta que alguno

admitía la victoria del contrario. En ambos casos estaba estrictamente prohibido morder y sacarse los ojos.

Pugilismo: hoy conocido como boxeo, era una de las prácticas más antiguas entre los griegos pero a la vez de las más duras, pues en ocasiones los atletas morían en pleno combate. Los pugilistas utilizaban para las peleas unos guantes largos que iban del antebrazo hasta los dedos y finalizaban con una banda gruesa de piel que rodeaba la mano.

Pancracio: conocido como el ejercicio para guerreros, era una combinación de lucha con pugilismo.

Ecuéstras: en Grecia los hipódromos eran similares y constituían una gran construcción que albergaba un aforo enorme. Básicamente las pruebas consistían en carreras de carros tirados por dos o más caballos.

LA IMPORTANCIA DEL BARÓN PIERRE DE COUBERTIN EN LA REINSTITUCIÓN DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS EN 1896

Después de estos antecedentes, es importante mencionar que los Juegos Olímpicos de la antigüedad se interrumpieron en el año 393 de nuestra era cuando el emperador bizantino, Teodosio I, viendo en los juegos una manifestación de paganismo, decidió abolirlos.

Durante cerca de doce siglos los juegos habían permitido al pueblo griego tomar conciencia de su unidad, y a Olimpia ser el lugar de la reunión de la civilización helénica.

Pasaron entonces 15 siglos antes de que los juegos reaparecieran. El culpable fue un señor de nombre Pierre de Freddy, barón de Coubertin, quien tras el hallazgo de los restos del santuario de Olimpia, se entusiasmó por revivir los juegos.

Coubertin nació el 1 de enero de 1863 en París, Francia. Siempre fue un buen estudiante con una mentalidad de triunfo excepcional. Durante su vida escribió más de 25 libros, varios de ellos relacionados con el deporte, tema poco usual en aquellos años.

Su sueño de reinstaurar los Juegos Olímpicos tomó fuerza cuando el 25 de noviembre de 1892 en la Sorbona de París, lo propuso ante la Asociación Francesa de Deportes Atlético, argumentando que el restablecimiento de la tradición olímpica en la sociedad moderna, traería muchos beneficios a la humanidad.

Tras dos años de promover con éxito sus ideales, el barón Pierre de Coubertin vio cristalizado su sueño el 23 de junio de 1894, en donde por unanimidad de los nueve congresistas presentes, todos de diferentes países, se decidió el renacimiento de los Juegos Olímpicos a celebrarse en 1896 en Atenas, Grecia, así como la fundación del Comité Olímpico Internacional (COI) como organismo encargado de su desarrollo y salvaguarda del espíritu que los vio nacer.

A pesar de todas las dificultades, Coubertin constató cómo los Juegos se fortalecieron poco a poco durante sus 29 años que fungió

como presidente del COI, cargo del cual se retiró como presidente vitalicio en 1925.

Sin la fortuna familiar que lo ayudó a su empeño, Coubertin vivió en Lausana, Suiza, los últimos días de su vida, dejando de existir el 2 de septiembre de 1937, a la edad de 74 años. De acuerdo con sus últimos deseos, fue sepultado en esa ciudad y su corazón fue colocado en una columna de mármol y enterrado en Olimpia.

LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE LA ERA MODERNA

Gracias a la labor del barón Pierre de Coubertin, los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna fueron programados por el recién formado Congreso Olímpico para que se celebraran en el año de 1896. Durante este congreso se determinó formar un organismo rector que velara por el movimiento olímpico. Así, junto con la aprobación de los juegos, nació también el Comité Olímpico Internacional (COI), que tuvo en el griego, Demetrius Vikela, a su primer presidente.

Todo era algarabía, sin embargo, faltaba por decidir cuál sería la sede de los primeros Juegos Olímpicos. Coubertin deseaba que fuera París y hasta 1900, aprovechando que en ese año la ciudad gala sería sede de la llamada Exposición Internacional.

Pero los integrantes del COI, votaron porque Atenas, Grecia, tuviera el honor de realizar los juegos en 1896. La labor no era sencilla, pues Grecia no tenía los recursos económicos necesarios para asumir con decoro su papel de anfitrión. En 1895, se llegó a pensar en Budapest, Hungría, como una sede alternativa, ante los problemas financieros de los griegos.

Por fortuna, el príncipe griego, Constantino, exhortó a los comerciantes de su país para que aportaran recursos en la organización de la olimpiada. Finalmente, contra viento y marea, Atenas se declaró lista para recibir a sus visitantes y organizar del 6 al 15 de abril de 1896, la primera edición de los Juegos Olímpicos de la era moderna.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE 1896 A 1920

A esta cita olímpica acudieron 245 competidores de 14 países, quienes participaron en atletismo, natación, gimnasia, tiro, tenis, levantamiento de pesas y ciclismo.

El primer ganador en la historia de los juegos fue el estadounidense John Connolly, quien se impuso en el salto triple, mientras que el alemán Herman Weingart, fue el máximo triunfador al obtener en la gimnasia, tres primeros, dos segundos y un tercer lugares. En tanto, el griego Spiridion Louis, se llevó los máximos honores en la prueba de maratón, evento que a la postre se convertiría en uno de los más esperados en los Juegos Olímpicos.

En aquellos tiempos no se otorgaban medallas de oro, plata y bronce a los tres primeros lugares, como se hace ahora, sino se les premiaba con medalla de plata, diploma y guirnalda de olivo al ganador, y con medalla de bronce y guirnalda de laurel al segundo lugar. Para el tercer sitio no había premio alguno.

PARÍS 1900

Después del éxito obtenido en 1896, las autoridades griegas solicitaron al COI que Atenas fuera la sede permanente de los juegos, sin embargo, esta solicitud no tuvo eco, pues Coubertin quería que la justa se realizara en diversas metrópolis del planeta a fin de promover el carácter universal del movimiento olímpico.

Finalmente, el barón vio cristalizado su sueño de llevar a su ciudad natal, París, la sede de los Juegos Olímpicos de 1900.

Desafortunadamente, las autoridades parisinas no recibieron con agrado la organización de los juegos. De hecho, los despreciaron, dándole mayor importancia a la Exposición Internacional que se desarrollaba paralelamente.

Fue tal el grado de menosprecio de los jerarcas franceses, que el recién formado olimpismo moderno estuvo a punto de desaparecer.

De hecho, los Juegos Olímpicos de París se iniciaron con un debate acalorado, continuaron en completa confusión y terminaron con una gran sorpresa. Los atletas de Estados Unidos no supieron que estaban compitiendo en unos Juegos Olímpicos hasta que recibieron sus medallas al finalizar las pruebas de pista y campo, pues creían que participaban en un festival internacional.

Con todos los problemas habidos y por haber, los Juegos Olímpicos fueron inaugurados el 20 de mayo de 1900 y concluyeron el 28 de octubre de ese mismo año. Acudieron 26 naciones y 1225 competidores, de los cuales 19 eran mujeres.

Se compitió en tiro, remo, natación, ciclismo, esgrima, golf, gimnasia, boliche, pesca, vuelo aerostático, tenis, cricket y jalado de cuerda.

En medio de la desorganización del evento, destacó el estadounidense Ray Ewry, quien se impuso en salto triple, de longitud y de altura, para ser la figura de los juegos. De igual forma, la británica, Charlotte Cooper, se convirtió en la primera mujer medallista de la cita olímpica, al obtener la posición de honor en el tenis.

A nivel colectivo, Francia fue el ganador con 102 preseas, (29 de oro), seguido de Estados Unidos con 53.

SAN LUIS 1904

La tercera edición de los Juegos Olímpicos de la era moderna se llevó a cabo en San Luis, Missouri, aunque originalmente la sede se había otorgado a la también ciudad estadounidense de Chicago.

La guerra ruso-japonesa estaba en su apogeo, y la Olimpiada formaba parte de la Feria Mundial, cuya importancia era minimizada por el conflicto bélico, pese a que fue Alice Roosevelt, esposa del presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, quien entregó personalmente los premios a los triunfadores.

Los Juegos Olímpicos de 1904 se desarrollaron entre el 1 de julio y el 23 de noviembre, con una magra participación de 687 atletas, provenientes de 13 países. Cabe resaltar que del total de competidores, 523 eran del continente americano. ¿La razón?, el viaje tan largo y costoso para los países de Europa hacia Estados Unidos. Se compitió en las ya mencionadas disciplinas y se agregaron el box y la lucha libre.

Por tal motivo, potencias como Gran Bretaña y Francia prefirieron quedarse en casa y dejar a los norteamericanos la repartición de las medallas.

Estados Unidos no desaprovechó la oportunidad y se adjudicó 244 laureles, incluidos 78 de primer lugar. Su más cercano perseguidor en el cuadro de metales fue Alemania con 15.

Individualmente, Charles Archie Hann, de Estados Unidos, fue la gran figura tras ganar las pruebas de 60, 100 y 200 metros planos.

LONDRES 1908

Los juegos de 1908 se habían destinado originalmente a Roma, pero esta ciudad italiana se arrepintió ante la magnitud que iba tomando el evento. Las autoridades pusieron como excusa los daños causados a su nación por la erupción del volcán Vesubio en 1906.

Entonces, el COI decidió darle la sede a Londres. La organización fue complicada, pues a pesar de la algarabía del rey Eduardo de Inglaterra, éste no destinó dinero para solventar la cita olímpica. Los juegos salieron adelante gracias al recién formado Comité Olímpico Británico que entró al quite con prestancia. Hizo magníficos preparativos y construyó un majestuoso estadio para 68 mil espectadores en Sheperds Busch, distrito de Londres.

Así, con la presencia de 2035 competidores provenientes de 22 países, el 27 de abril de 1908, fueron inaugurados en Londres, los cuartos Juegos Olímpicos de nuestra era, los cuales culminarían el 31 de octubre.

Estos juegos, pese a todo, fueron los mejores de los efectuados hasta ese entonces, dando un paso firme a su consolidación como un espectáculo atractivo que podría sobrevivir sin estar a la sombra de otros acontecimientos.

Esta aseveración la recalcó al final del certamen el barón Pierre de Coubertin con las siguientes palabras:

"Muchos hechos espectaculares han pasado por mis ojos desde 1908, pero las memorias de Londres nunca tendrán comparación. El enorme entusiasmo y la gente vibrando dieron una sensación única de fuerza que nunca he visto por igual. Creo que ningún otro público de fuera o casa me ha inspirado tan encontrados sentimientos".

Entre los deportes debutantes, apareció el lanzamiento de disco.

Gran Bretaña encabezó el cuadro de medallas, con 56 preseas de oro. Abajo de ellos se colocaron los representantes del país de las barras y las estrellas, con 23 metales dorados. En esta ocasión, nuevamente Ray Ewry repitió su brillante actuación de cuatro años atrás y Johnny Hayes se proclamó vencedor de la maratón, tras la descalificación del italiano Dorando Pietri.

ESTOCOLMO 1912

La consolidación de los Juegos Olímpicos aconteció en 1912. El Comité Olímpico Internacional decidió otorgar la sede a Estocolmo, Suecia, ciudad que tomó con júbilo la noticia.

Muchos opinaban que los juegos generaban más enemistades que fraternidad, y por tanto deberían ser olvidados. Sin embargo, esta ciudad sueca enseñó al mundo cómo comportarse al ser una urbe anfitriona. Todos los países que asistieron alabaron al final su organización, hospitalidad y justicia.

A esta cita, acudieron 2547 atletas, representantes de 28 países, quienes compitieron en las pruebas ya tradicionales así como en pentatlón y decatión, eventos debutantes en Juegos Olímpicos.

De igual manera, por primera ocasión en la historia se utilizó el cronometraje electrónico y el *foto finish* para determinar a los ganadores en las diferentes competencias de velocidad. A la par de los juegos se llevó a cabo con buenos resultados, la primera olimpiada cultural del siglo, en donde los países participantes enseñaban al mundo ejemplos de su arquitectura, pintura, música y literatura.

En el aspecto meramente deportivo de los juegos, los cuales fueron inaugurados el 5 de mayo y clausurados el 22 de julio de 1912, destacó la actuación del indio norteamericano, Jim Thorpe, vencedor en el pentatlón y decatión, y a la postre catalogado como el atleta más completo de todos los tiempos.

Asimismo, el finlandés Hannes Kolehmainen, fue el gran triunfador en las pruebas de pista y campo, al obtener la primera posición en los cinco mil y diez mil metros y en la carrera de campo traviesa.

A nivel colectivo, Suecia fue el país que más medallas acumuló en el cuadro final, 64, por 63 de Estados Unidos, pero estos últimos totalizaron dos metales áureos más que los escandinavos (25 por 23).

AMBERES 1920

La Primera Guerra Mundial evitó que se celebraran los juegos programados en Berlín, Alemania, en 1916. Apenas acabaron los disparos, el mundo retomó entusiasta los Juegos Olímpicos. El anfitrión fue Amberes, Bélgica, ciudad destruida y abatida por la guerra.

Si bien la pista del estadio que se construyó para la ocasión era pésima, y los aficionados belgas no tenían dinero para pagar sus localidades, el esfuerzo de este país debe verse con la perspectiva de una verdadera gesta heroica, realizada después de cuatro años de invasión a su territorio.

Acudieron a esta justa 2669 deportistas, representando a 29 naciones. La inauguración de los juegos se realizó el 20 de abril por conducto del rey Alberto de Bélgica y el cardenal Mercier, héroe religioso de aquel maltratado país. Las competencias finalizaron el 12 de septiembre.

Por primera ocasión en la historia de los juegos apareció la variedad física entre los competidores, pues había enormes levantadores de pesas, arqueros con barba canosa, atletas chaparros

de pista y campo, etc. Todo ello puso de relieve el gran significado que para la fraternidad tenía el movimiento olímpico.

Asimismo, se presentaron dos innovaciones que forman parte importante del protocolo olímpico. La primera fue el juramento olímpico pronunciado por el esgrimista belga, Víctor Boin, quien en nombre de todos los atletas se comprometió a respetar las reglas y a competir con lealtad y disciplina.

Por otra parte, se presentó al público la bandera olímpica, la cual fue aprobada en 1914. Desde entonces, el lábaro y sus cinco aros entrelazados constituyen el símbolo y la presencia del olimpismo en todo el mundo.

A nivel colectivo, Estados Unidos dominó el medallero con 95 preseas, 41 de ellas de oro, superando por amplio margen a sus más cercanos perseguidores, Suecia y Finlandia.

En el terreno individual, una de las mayores luminarias del atletismo olímpico apareció en estas competencias: el finlandés Paavo Nurmi, quien a sus 19 años de edad se llevó a casa tres metales dorados y uno de plata, para ser el gran triunfador de los juegos.

MÉXICO SE UNE AL COMITÉ OLÍMPICO INTERNACIONAL

La primera intervención de una delegación mexicana en Juegos Olímpicos aconteció en París, 1924, gracias al apoyo de un noble francés, emisario del barón Pierre de Coubertin, quien buscaba estrechar lazos deportivos con todo el mundo, en su afán por no dejar morir el espíritu del olimpismo.

El nombre de dicho emisario era Conde de Baillet-Latour. Vino a México en 1923 y dio nombramiento oficial como miembros del Comité Olímpico Internacional al Marqués de Guadalupe y a Jorge Gómez de Parada.

De esta forma se impulsó al deporte mexicano y se abrieron las puertas para acudir a un evento de la magnitud de unos Juegos Olímpicos.

El 23 de abril de 1923 varias personalidades crearon el Comité Olímpico Mexicano (COM), organismo que originalmente fue presidido por Carlos B. Zetina, ya fallecido.

PRIMERA PARTICIPACIÓN MEXICANA: PARÍS 1924

Con los trámites y reconocimientos necesarios aprobados y como parte del COI, Álvaro Obregón, presidente de nuestro país en 1924, dio luz verde a 15 deportistas mexicanos que pasaron a la historia como el primer contingente azteca que acudió a unos Juegos Olímpicos.

RESULTADOS Y LUGAR EN EL MEDALLERO

La bandera tricolor ondeó por primera vez en la justa olímpica durante la inauguración de los juegos de París, cuya ceremonia se llevó a cabo el 4 de mayo de 1924 ante los ojos del presidente anfitrión, Doumergue, el príncipe de Gales, Eduardo VIII y 12 embajadores invitados de diversas partes del mundo.

De las 44 naciones que acudieron a la tierra de Napoleón, estaba México, quien como ya mencionamos participó con 15 atletas. En total acudieron 3092, y se concursó en 126 eventos deportivos.

Los nuestros vieron acción en tiro, boxeo, atletismo y natación, sin embargo, no trascendieron. Ocuparon los últimos lugares en sus pruebas y sobra decir que no se trajeron alguna medalla.

A nivel general, Estados Unidos volvió a ser el gigante, con 45 medallas de oro, dejando muy atrás a Finlandia y Francia, países que le siguieron en la tabla final.

De los países Latinoamericanos que asistieron a la justa, Argentina y Uruguay, pasaron lista de presentes en el medallero.

LA PRIMERA MEDALLA MEXICANA EN JUEGOS OLÍMPICOS

Luego de estar presentes en Amsterdam 1928, y regresar a casa con las manos vacías, la representación mexicana se alistó para su tercera participación en unos Juegos Olímpicos. La cita sería en Los Ángeles 1932.

Y la tercera fue la vencida. De la mano de Francisco Cabañas, nuestra nación ingresó por vez primera en el cuadro de medallas, con una presea de plata, la cual se obtuvo en el boxeo, categoría de peso mosca.

Francisco Cabañas Pardo, muchacho de extracción humilde, nació en la ciudad de México el 22 de enero de 1912. Su interés por el boxeo se dio desde joven aunque fue hasta 1928 cuando el deseo de estar en unos Juegos Olímpicos se hizo obsesión, al quedar marginado del contingente que asistió a aquella justa olímpica.

Sin descuidar sus estudios, los cuales realizaba en la vocacional dos, Cabañas se inscribió en el Gimnasio Fabriles de la Ciudadela para recibir instrucción de parte del estadounidense Mike Febles.

Posteriormente, se enteró de la existencia del Club Deportivo Internacional, fundado y dirigido por el profesor Rosendo Arnaiz, quien fuera un brillante docente de la Escuela Superior de Educación Física (ESEF) y uno de los pioneros del Comité Olímpico Mexicano.

"Del Internacional habían salido los cuatro boxeadores que representaron a México en los olímpicos de Holanda. Por lo tanto sabía que en ese lugar se encontraba lo mejor de mi deporte y me moví para allá", recuerda este histórico pugilista.

Sin embargo, la ilusión de estar en Los Ángeles 1932 parecía esfumarse debido a la falta de presupuesto por parte del Comité Olímpico Mexicano, para solventar el viaje de la delegación nacional que constaba de 74 deportistas. Todos aquellos interesados en estar en los Juegos Olímpicos, debían pagar por cuenta propia todos sus gastos.

Esta noticia le cayó como balde de agua helada a Francisco Cabañas, sobre todo que se enteró de la decisión apenas dos semanas antes de iniciar la Olimpiada.

La preocupación invadió todo su ser. Se había preparado con ahínco durante casi cuatro años y ahora todo ese esfuerzo parecía no servir de nada.

En aquel 1932 se necesitaban aproximadamente 600 pesos para costear el viaje a tierras californianas.

"Le platicué del problema a mi madre. Ella me comentó que tenía 300 pesos ahorrados y me los ofreció. Al principio no quería recibirlos, pues sabía que eran parte del patrimonio familiar.

"De igual manera, el promotor Félix Vera organizó una función en la Arena Nacional que ganó Chucho Nájera. La gente le aventó dinero; él tomó el micrófono y dijo que esos centavos eran para su

viaje. Se juntaron primero 80 pesos y luego algunos voluntarios entregaron 40 más.

"Mi hermano me otorgó 50 dólares, cuando cada uno de éstos valía 2.50 pesos", relata Francisco Cabañas.

Con el dinero reunido, Cabañas se dirigió a las oficinas del COM donde firmó un documento en que se comprometía a pagar la totalidad de sus viáticos. Todo estaba listo para el viaje; se sentía el hombre más feliz del mundo, pero iba a Los Angeles con un doble compromiso: responderles a quienes lo ayudaron y cumplir con el reto que desde cuatro años antes se había propuesto: ganar una medalla olímpica.

FRANCISCO CABAÑAS, PRIMER MEDALLISTA MEXICANO

Los Juegos Olímpicos de Los Angeles se inauguraron el 30 de julio de 1932. Cabañas Pardo inició su participación pasando libre la primera ronda gracias al sorteo.

Por fin, el 7 de agosto, el joven mexicano, nervioso pero con decisión de salir victorioso y con 51 kilogramos de peso, subió al cuadrilátero para enfrentar al italiano Paolo Bruzzi. Haciendo gala de un fino boxeo, el capitalino superó claramente a su contrincante europeo. El primer paso lo había dado.

La tarde del 9 de agosto Cabañas tuvo como adversario al australiano Isaac Duke. En el primer episodio, el de Oceanía sorprendió al mexicano por su velocidad. Nuestro representante

parecía desconcertado, aunque poco a poco supo contrarrestar la ofensiva de su rival.

Para los dos siguientes episodios, nuestro pugilista aminoró la rapidez de Duke con acertadas combinaciones a las zonas blandas.

Cabañas recuperó la confianza, fue hacia adelante con soltura y terminó por imponerse en una apretada decisión al australiano.

Ya en semifinales, Francisco Cabañas encaró con plena convicción y coraje su compromiso del 11 de agosto ante el difícil pugilista británico Stanley Pardoe.

El capitalino sabía que estaba muy cerca de acceder a la final y convertir su sueño en realidad. Sin embargo, el inglés era marcado favorito debido a su mayor jerarquía internacional. Pero eso no le importó al mexicano. Salió a hacer lo suyo, y sin cambiar de su estilo superó a Pardoe más fácil de lo esperado.

La hora de la verdad se presentaba. El 13 de agosto de 1932, Cabañas se alistaba para medirse en el combate por la medalla de oro en la categoría de peso mosca ante el húngaro István Énekes, quien venía de superar en la otra semifinal al estadounidense Louis Salica.

El mexicano subió con optimismo al ring, tenía mucha confianza porque había ganado tres combates por decisión. Salí limpio de esas peleas porque era un boxeador técnico, con buena defensa, ágil, de reflejos rápidos nos confía Cabañas.

Desafortunadamente ese optimismo no dio el fruto esperado. En los dos primeros episodios el boxeador azteca superó con claridad

al magiar, en una táctica de entrar y salir, que sorprendió por completo a Énekes. La presea dorada le sonreía a Cabañas, estaba a tan sólo tres minutos de saborear la gloria plena.

En el último round, István salió desesperado a buscar a Francisco. Necesitaba de un golpe de suerte para ganar la pelea, y lo encontró. A la mitad del episodio, ambos pugilistas se enfrascaron en un cambio de golpes y accidentalmente ambos se fueron a la lona. No era una caída oficial, pero increíblemente el réferi le contó nada más al mexicano.

Con todo y ello, Francisco Cabañas había ganado la confrontación. Pero grata fue su sorpresa al escuchar la decisión en favor del húngaro. Fue un robo descarado. El sueño dorado se había quedado nada más en medalla de plata.

Francisco Cabañas Pardo ganaba la primera medalla olímpica en la historia para México.

ENTREVISTA CON FRANCISCO CABAÑAS

Y quién que el mismo Cabañas para platicarnos más detalles de aquella experiencia inolvidable. Don Francisco nos abrió cortesmente las puertas de su casa para compartir esos secretos que no se encuentran registrados en ningún tipo de publicaciones.

—¿Era difícil la vida en aquel México de su juventud?

"Sí. Hemos hablado de que para viajar a la Olimpiada del '32 se necesitaron 600 pesos y créanme que esa cantidad representaba una fortunita."

-¿Influyeron situaciones raciales para esa derrota?

"Realmente no. Entonces mexicanos y personas de color todavía no destacaban en el boxeo y en ese sentido no había prejuicios hacia nosotros."

-¿Ha vuelto a ver a István Énekes?

"No, supe de él en los años 40. Me enteré que a causa de una enfermedad incurable se había suicidado lanzándose desde un quinto piso en Hungría."

-¿Cómo lo recibieron en México al regresar con su medalla de plata?

"Ninguna persona de la prensa estuvo a darnos la bienvenida. Sólo se presentaron mis familiares y los de Gustavo Huet, quien había ganado presea de plata en tiro. A los 15 días me hicieron un pequeño homenaje en el Parque Venustiano Carranza en el que me entregaron una medalla y un diploma."

-¿Por qué no volvió a los Juegos Olímpicos en Berlín 1936?

"Fue difícil mantenerme en el peso de mi categoría. Al cambiar de división sentía que las cosas se me complicarían. He visto casos de boxeadores que habiendo ganado una medalla reciben apoyo para un nuevo ciclo olímpico, pero al cerrarse los cuatro años de éste, ya se encuentran en una clasificación superior y se les margina".

-Tras su éxito en Los Angeles 1932, ¿pasó por su mente la idea de convertirse en boxeador profesional?

"El licenciado Jorge Costas habló con Alejandro Aguilar Reyes, 'Fray Nano' (fundador del diario *La Afición*), y entre los dos me convencieron de entrar al boxeo de paga. Tuve diez peleas, nueve las gané y la otra la perdí por decisión. En mi adolescencia sentí el gusto por iniciarme en este deporte; sin embargo, en el boxeo profesional me daba vergüenza ir los lunes a la Arena Nacional a cobrar los 300 pesos que me correspondían por el combate del sábado anterior.

"En la quinta pelea de esta fase perdí por decisión. Después me enviaron a cuatro compromisos por el interior de la República. Cuando regresé a la Arena Nacional al décimo choque, el licenciado Jorge Costas me dijo: 'Esta vez sólo vas a ganar 200 pesos'. Yo le pregunté por qué. Me respondió: 'Perdiste aquí la última pelea y necesitas ganar otra vez para volver a cobrar 300'. Entonces yo le comenté que colgaba los guantes. Costas me hizo ver que ya se había firmado un contrato. 'Fray Nano' se comunicó conmigo por teléfono y me dijo que él respondía por los 300 pesos. Acepté pelear, pero al final de la función le pedí al licenciado Costas anunciara mi retiro. Trataron de disuadirme; sin embargo, yo mantuve mi determinación."

-¿A qué se dedicó posteriormente?

"Di clases de boxeo. Estuve en distintas instituciones, la Young Men's Christian Association (YMCA, por sus siglas en inglés),

la Escuela Superior de Educación Física; pasé 50 años impartiendo cursos. Yo sí sé enseñar técnica, porque yo fui un púgil técnico. Eso es difícil de encontrar; ahora se alecciona para adquirir resistencia y fuerza, que los muchachos aguante, que se rompan el hocico, pero que hagan lo mismo con el rival.

"Durante muchos años tuve tarea de árbitro en boxeo de aficionados. Participé en Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe y en Panamericanos. Cuando iba a las esquinas a señalar alguna situación a los contendientes, escuchaba cómo el manager les decía: 'rájate la madre, tira golpes'. Cómo se puede enseñar así a los muchachos. Las consecuencias: chamacos maltratados en riesgo de volverse loquitos."

-¿Cumplía usted con alguna cábala al subir al ring?

"Generalmente, me persignaba e internamente me decía: 'Dios mío, ayúdame'. Algo peculiar que me ocurría, quizá suceda a muchos otros boxeadores, es que los nervios previos a la pelea me provocaban la necesidad de ir frecuentemente a orinar."

CONTINÚA LA COSECHA

Transcurrieron 16 años para que la bandera mexicana fuera izada una vez más como consecuencia de un triunfo en Juegos Olímpicos. Tras la culminación de la Segunda Guerra Mundial, el olimpismo retomó su cauce y se detuvo en la ciudad de Londres, Inglaterra, sede de la justa en 1948.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE LONDRES 1948

Acudieron 4099 atletas, representantes de 59 países, de los cuales 89 eran mexicanos. Las competencias se inauguraron el 29 de julio y se clausuraron el 14 de agosto. Estados Unidos estuvo al frente en el cuadro de medallas con 84, 38 de oro, seguido de Suecia, Francia y Hungría.

México tuvo hasta ese momento la mejor cosecha de su historia al recabar cinco preseas, dos de oro, una de plata y dos de bronce. De ellas, cuatro fueron ganadas en pruebas de equitación, siendo el sargento Humberto Mariles, en la monta de su caballo Arete, el artífice en la conquista de los metales. La otra medalla fue obtenida por el joven clavadista Joaquín Capilla, quien a sus 19 años logró que le colgaran la medalla de bronce en la prueba de plataforma 10 metros.

EL CORAJE DE MARILES

Humberto Mariles, hijo de Antonio Mariles y Virginia Cortés, vio la primera luz el 13 de junio de 1913 en Parral, Chihuahua. La

monta de los equinos le atrajo desde pequeño. De hecho, su madre decía que había nacido con un caballo bajo el brazo.

Cuando cumplió su primera docena de años, ingresó al Colegio Militar, donde gracias a sus atributos físicos y brillante inteligencia, fue colocado como sargento de cadetes. Al poco tiempo, el tesón de Humberto lo elevó al grado de subteniente. Le apasionaba demasiado el montar a caballo, por lo tanto decidió dedicarse por completo a esta actividad con la finalidad de trascender de manera importante, no sólo en nuestro país sino también en el extranjero.

El fuerte carácter y su firme propósito, consiguieron que poco a poco se fuera abriendo paso en el hasta ese entonces, poco conocido deporte ecuestre. Su incontrolable ímpetu lo llevó a una cita con el presidente Lázaro Cárdenas para pedirle lo apoyara enviándolo a los Juegos Olímpicos de Berlín 1936 no para competir, sino para observar a los contendientes y poder así realizar un esquema de trabajo confiable que le diera esperanzas a nuestro país de ganar una medalla olímpica en esta disciplina.

El general Cárdenas aceptó su petición dándole a Humberto Mariles el respaldo requerido. A partir de entonces las esperanzas de este intrépido jinete, se acrecentaron y no se detuvieron hasta subir a un podio olímpico.

La paciencia jugó un papel importante en la vida deportiva de Mariles, quien después de muchos años de entrenamiento y dedicación consiguió su primera gran victoria en 1938, al imponerse en el Gran Concurso Hípico Internacional celebrado en nuestro país montando a *Diablo*. Un año más tarde, los éxitos continuaron. Encabezó al triunfador equipo mexicano en la Copa Bowman efectuada en el Madison Square Garden de Nueva York.

Debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial, las Olimpiadas de 1940 y 1944 fueron canceladas. La noticia, lejos de entristecer a Mariles, le infundió más coraje en su decisión y no cejó en su preparación con miras a estar en una justa olímpica.

Llegó por fin 1948. Los Juegos Olímpicos de Londres eran una obsesión para el sargento Humberto Mariles, quien no conforme con sus brillantes actuaciones a nivel continental, consiguió le autorizaran una gira por Europa para conocer a sus rivales en la Olimpiada.

Al parecer todo estaba listo para la hora de la verdad. Humberto Mariles había formado un equipo capaz, competente, prometedor. Sólo faltaba entonces el visto bueno del presidente de México, Miguel Alemán para emprender el viaje hacia el Viejo Continente.

Sin embargo, un extraño presentimiento del mandatario mexicano, canceló de último momento el viaje del grupo argumentándole al sargento Mariles que con los caballos aztecas, sobre todo con el tuerto como él le llamaba, de nombre *Arete*, no

existían posibilidades de triunfo en la gira y mucho menos en los Juegos Olímpicos.

Un irritado Mariles, con todo preparado para el viaje, con los trailers listos para emprender el camino hacia el puerto de Galveston, con más de diez años de preparación y con un carácter reacio, no iba a quedarse varado a pesar del mandato del presidente de la República.

Con decisión, Mariles reunió a los integrantes del grupo y les dijo que irían a la gira y a la olimpiada, recayendo en él toda responsabilidad. Los seis jinetes lo apoyaron y llenos de ilusiones partieron rumbo a tierras europeas.

Al arribar a Roma, el embajador Antonio Armendáriz se entrevista con Humberto para notificarle que se ha extendido una orden de aprehensión contra él por los delitos de desacato a la autoridad, peculado y desertión. Le ordena que regrese a México de inmediato. Con firmeza, Mariles da una negativa y prosigue con la gira, la cual trae consigo buenos resultados para los jinetes mexicanos.

Hay victorias en Italia, Suiza y Francia, lo cual hace que el enojo de Miguel Alemán disminuya.

La hora de la verdad para Humberto Mariles y compañía ha llegado. Tras mucho batallar están por fin en los Juegos Olímpicos de Londres 1948.

Pero ahora hay una disyuntiva para el sargento, necesita dar los nombres de los jinetes y los caballos que competirán tanto en

la prueba de los tres días como en el Premio de las Naciones. Su decisión será importante pues será determinante en las aspiraciones de medalla para México.

Los nombres de Raúl Campero, montando a Parral, y Joaquín Solano en la monta de *Malinche*, aparecieron para la prueba de los tres días, en tanto, para el Premio de las Naciones figuraron Rubén Uriza jineteando a *Huatey* y Alberto Valdés en la doma de *Chihuahua*. En ambas listas se sumaba el de Humberto Mariles en la monta de *Arece*.

HUMBERTO MARILES, MEDALLISTA MEXICANO

Afortunadamente, la elección de Mariles dio buenos resultados. Por principio de cuentas el 8 de agosto de 1948, él junto con Campero y Solano ganaron la medalla de bronce en la difícil justa de los tres días, tras colocarse abajo de Estados Unidos y Suecia.

Posteriormente vino el clímax para el equipo ecuestre. El 14 de agosto, último día de actividades en la olimpiada, tuvo lugar la final del tradicional Gran Premio de las Naciones, tanto a nivel individual como colectivo.

La eliminatoria ha sido larga. De 44 competidores inscritos quedan con vida apenas 20. Había confianza entre los mexicanos, pues Rubén Uriza está igualado en primer lugar junto con el francés

Jean F. D'Orgeix y el estadounidense Franklin Wing con ocho faltas cometidas. Y por equipos los nuestros marchaban en primer sitio al acumular 56.5 puntos de penalización. Sólo faltaba por

hacer su recorrido ni más ni menos que Humberto Mariles. La presión era mayúscula pues necesitaba un recorrido casi perfecto para quedarse con la presea dorada y darle también a su país el primer lugar a nivel colectivo.

Mariles montó a Arete con determinación. Sabía que su ansiado sueño estaba muy cerca y a la vez muy lejos de hacerse realidad. Tantos años de preparación podían irse a la basura con un mal recorrido.

El sargento tomó la pista e inició su andar. La expectación era enorme. La elegancia en el trote de su hermoso alazán prevalecía por encima de los primeros obstáculos, los cuales libró limpiamente. Se acercó poco a poco a la peligrosa ría. El salto de Arete quedó cortó y cayó en la temible fosa, levantando muchos rumores entre los espectadores. Pero Mariles no se inmutó, siguió adelante y libró sin problema el último obstáculo.

Lo había conseguido, Humberto Mariles terminó el recorrido de 16 obstáculos con 6.25 puntos de penalización, cuatro por la valla no librada y 2.25 por excederse en el tiempo señalado para realizar la prueba. De esta manera ganaba la primera medalla de oro olímpica para México y automáticamente le daba a nuestro país el primer lugar por equipos.

Además, para complementar la gran actuación de los jinetes mexicanos, Rubén Uriza ganó el desempate para quedarse con la presea de plata, dejando el bronce al gallo D'Orgeix.

Por primera vez y por partida doble se escuchó el Himno Nacional Mexicano. Humberto Mariles y su rebeldía habían sido parte importante en la consecución de estos importantes logros. Ahora faltaba regresar a México, y darle cuentas de su actitud al presidente Miguel Alemán.

Para fortuna de Mariles, el éxito de los mexicanos había hecho olvidar al mandatario su enojo y no sólo lo recibió con bombo y platillos sino que la posible severa sanción sobre el sargento quedó en el olvido.

Todavía Humberto Mariles estuvo cerca de ganar otra medalla olímpica en los Juegos de Helsinki 1952, pero una controvertida llamada de los jueces lo privó de la preseas y lo mandó hasta el sexto lugar.

Desgraciadamente el final de Humberto Mariles estuvo lleno de episodios turbulentos. En 1964 se ve envuelto en un incidente de tránsito con Jesús Velázquez Méndez, a quien después de un forcejeo y varios insultos, hirió en el vientre con una pistola calibre 38. Días después este hombre falleció cuando supuestamente ya estaba fuera de peligro.

Mariles fue sometido a juicio encontrándosele culpable por homicidio simple intencional. Purgó una condena de dos años. Al quedar en libertad en 1971, parecía que su vida volvía a la normalidad. De nueva cuenta realizó exhibiciones ecuestres, participó en el desfile del 20 de Noviembre de 1972, en fin. Pero el destino le tenía preparada una última jugada. A fines de

noviembre de 1972, el gobierno mexicano le encomendó realizar un viaje a París, ahí se entrevistó con dos tipos, quienes resultaron ser narcotraficantes. El gobierno francés lo encarceló y misteriosamente Humberto Mariles falleció en una prisión parisina el 6 de diciembre de 1972.

JOAQUÍN CAPILLA, MEDALLISTA MEXICANO

Entre 1948 y 1956, existió otro gran deportista mexicano. Así como Humberto Mariles escribió grandes páginas en el hipismo, un joven de nombre Joaquín Capilla puso en alto el nombre de México en la hermosa pero complicadísima prueba de clavados, tanto en plataforma como en trampolín de tres metros.

Joaquín Capilla Pérez vino al mundo el 23 de diciembre de 1928. Sus primeros chillidos se escucharon en la todavía limpia y tranquila Ciudad de México.

No vivió Capilla ni unos meses en la capital azteca cuando sus padres, por motivos de trabajo, se llevaron a la familia a radicar a varias ciudades del norte del país, entre ellas Matamoros, Ciudad Juárez, y Monclova.

Joaquín vivió una infancia tranquila. Nunca tuvo lujos, pero tampoco carencias significativas que le hicieran crecer infelizmente. De hecho, él recuerda que la relación en su casa era cordial incluso de admiración hacia su padre, pues su progenitor era un apasionado practicante de los clavados. Ante tal ejemplo, a su hermano mayor, Alberto, también le llamó la atención el lanzarse

desde la plataforma. Estuvo presente en algunas pruebas importantes e incluso en Juegos Olímpicos, aunque nunca trascendió de manera significativa.

No obstante estos cercanos ejemplos, Joaquín no enseñaba gusto por esta disciplina. Le gustaba el agua de la alberca, no para clavarse sino para nadar.

La familia Capilla regresó a la ciudad de México cuando Joaquín rondaba los ocho años. Continuó nadando y se especializó en la modalidad de pecho. Sus prácticas las realizaba en el Deportivo Hacienda, pues le quedaba muy cerca de su casa, la cual se ubicaba en la colonia Roma. Pese al gusto por la natación, Joaquín nunca pudo alcanzar buenas posiciones. Los mejores lugares eran sexto o séptimo, entre ocho competidores, y la mayoría de las ocasiones entraba en la nada halagadora última posición.

Lo que comenzó como un gusto y una ilusión hermosa para Capilla se convertía día con día en una desilusión, al ver que existían muchísimos nadadores mejores que él.

Ante estas circunstancias, Joaquín Capilla no se imaginaba que la gloria deportiva lo cobijaría, en pocos años, en un deporte que estaba muy cerca de él como eran los clavados.

La vida para este joven capitalino cambió significativamente cuando él tenía 12 años. Gracias a que uno de sus tíos millonarios era socio del Deportivo Chapultepec, Joaquín cambió de domicilio sus prácticas de natación. Varió el lugar de las competencias mas no el resultado. Sin embargo, en una de sus visitas a este centro

deportivo, se le ocurrió dar de brinco en una cama de resortes donde los clavadistas ensayaban sus acrobacias antes de tirarse al agua.

En eso estaba Capilla, haciendo divertidas piruetas cuando Mario Tovar, entrenador de clavados, se le acercó, y al ver la alegría del chiquillo le dijo que por qué no se dedicaba a esa especialidad. Joaquín no le hizo mucho caso, pero ante tanta insistencia dobló las manos y accedió a la solicitud de Tovar.

En poco tiempo, el hermano menor de Alberto demostró su habilidad casi innata en la ejecución de los clavados. Evolucionó muy aprisa, y lo que primero hacía casi contra su voluntad, ahora se había transformado en un gusto formidable y necesario en su vida. Sobre decir que Mario Tovar era el más sorprendido con la capacidad de Joaquín.

Capilla estaba listo para sus primeras competencias. Tenía 13 años. No había nervios, ni presión. Joaquín ganó con facilidad las competencias para novatos y de ahí en adelante subió como la espuma. Para ese entonces en Capilla se había creado una ilusión por llegar a ser como el campeón mexicano Gustavo Somoano, y a la vez un reto, el derrotarlo cuando pudiera competir con él.

La clase de Joaquín Capilla era formidable. Daba gusto verlo tirarse de la plataforma o del trampolín realizando ejecuciones que para cualquier otro ser humano serían una tarea difícil de imitar.

La internacionalización en competencias para Joaquín se presentó en 1943. Capilla tenía 15 años de edad. Obtuvo medalla de

oro en la selectiva hacia los Juegos Centroamericanos de 1942 tanto en trampolín como en plataforma. Por desgracia, debido a la Segunda Guerra Mundial la justa regional debió ser cancelada.

En aquellos tiempos, Joaquín enfrentó por primera vez a Somoano, aunque no pudo superarlo. Sólo era cuestión de tiempo.

La carrera deportiva de Capilla fue en ascenso. De mucho mérito, pues el capitalino se daba tiempo para entrenar y realizar sus estudios, los cuales no terminó hasta alcanzar el título en Arquitectura.

Victorias en todo el continente lo llevaron como uno de los 89 integrantes de la delegación mexicana que nos representó en los Juegos Olímpicos de Londres en 1948. Tenía 19 años de edad. Este muchacho respondió a las expectativas y ejecutando como él sabía hacerlo destacó al quedar en la tercera posición y con una medalla de bronce en la final de plataforma 10 metros, detrás de los estadounidenses Samuel Lee y Bruce Harlan. La fecha: 5 de agosto de 1948.

El tiempo transcurrió y junto con él la idea de victoria en unos Juegos Olímpicos. Se mantuvo en forma, la técnica y la clase no se perdían. Por lo tanto arribó en excelentes condiciones a los Juegos Olímpicos de Helsinki 1952.

La cita en esta ciudad de Finlandia se inició el 19 de julio y culminó el 3 de agosto. Joaquín Capilla entró en acción en la plataforma el 1 de agosto. Nuevamente el rival a vencer era el estadounidense Samuel Lee. Por más esfuerzo y dedicación que

imprimió el mexicano en su competencia, no logró superar al representante del país de las barras y las estrellas.

Por desgracia, Lee repitió como monarca olímpico gracias a una puntuación de 156.28, mientras que Capilla debió conformarse con la preseas de plata tras recabar 145.21 puntos. El bronce quedó en manos del alemán Günter Haase.

LA TERCERA FUE LA VENCIDA

El ansiado metal dorado no llegaba para Joaquín. Desde luego el hecho de haber obtenido ya dos preseas era de mucho mérito. Joaquín era un atleta joven, por lo tanto mientras mantuviera un nivel alto de competencia y decidiera seguir activo, las posibilidades de subir al podio como primer lugar eran latentes.

Capilla no cejó en su intentona. Nuevamente fue seleccionado para acudir a los Juegos Olímpicos de Melbourne 1956. Serían los terceros para el mexicano y como cita el dicho: la tercera debía ser la vencida.

Fue largo viaje hacia tierras australianas. Los Juegos Olímpicos de 1956 recibieron a 3342 atletas de 72 países, entre ellos 27 competidores mexicanos.

La justa fue inaugurada el 22 de noviembre y el pebetero se apagó el 8 de diciembre. Al final la Unión Soviética se encaramó en el cuadro de medallas superando en cerrada batalla a la delegación de Estados Unidos. Los rusos alcanzaron 37 metales dorados, mientras que los estadounidenses se quedaron con 32.

México hizo acto de presencia en el medallero con dos preseas, una de oro y una de bronce, gracias a ¿quién creen ustedes? Acertaron, al clavadista Joaquín Capilla.

El mexicano acarició la gloria olímpica el 6 de diciembre en lo que fue una emocionante y polémica competencia en la plataforma de 10 metros. Capilla y el norteamericano Gary Tobian intercambiaron el liderato durante la prueba. Se acercaba el momento decisivo. La presión era grande. Ninguno de los dos podía fallar en su ejecución so pena de quedarse con la plata e inclusive, si el salto era desastroso, fuera de las medallas.

Tobian se lanzó a la piscina. Realizó un buen clavado, sin embargo, para la juez de la Unión Soviética, Eva Bozd-Morskaya, la calificación ameritaba apenas 6.35, cuando los demás árbitros le dieron 7.30. Tocó el turno a Joaquín. Sereno, observó el agua, se concentró y voló hacia su encuentro con el agua. Aplausos por doquier, y los nervios por esperar el resultado. Por fin, el luminoso tablero mostraba las calificaciones. Joaquín Capilla de México, superaba por tan sólo tres centésimas a Gary Tobian, con lo cual se apoderaba, después de dos fallidos intentos, de la medalla de oro.

El mexicano terminó la competencia con 152.44 puntos, Tobian cerró con 152.41 y el también estadounidense Richard Connor sumó 149.79.

Y para cerrar con broche de oro su trayectoria olímpica, Joaquín Capilla Pérez se despidió con la medalla de bronce en la

prueba de trampolín de tres metros en los mismos juegos de Melbourne.

Hasta hoy en día no ha existido otro clavadista mexicano tan exitoso. Ninguno de nuestros representantes se ha acercado siquiera a lo realizado por Capilla: cuatro medallas olímpicas, seis veces monarca centroamericano, cuatro títulos panamericanos y tres primeros lugares en los nacionales de Estados Unidos. Honor a quien honor merece. Joaquín Capilla, el clavadista mexicano más grande de todos los tiempos.

ENTREVISTA CON JOAQUÍN CAPILLA

No obstante que no es muy afecto a conceder entrevistas porque no le gusta hablar de sus problemas personales, el mejor clavadista mexicano en la historia aceptó charlar. En su casa fue la cita donde acudimos puntuales para no dejar pasar esta oportunidad y redondear más sobre su trayectoria en el deporte.

—¿Cuándo se inicia Joaquín Capilla en los clavados?

"En los clavados hasta los 12 años. Fue curioso, pues a mí no me atraía este deporte. Yo disfrutaba nadar. Me iba al Deportivo Hacienda donde nadaba de pechito, pero era tan malo que siempre quedaba en octavo lugar. Es más, si hubiera habido nueve carriles habría quedado en noveno.

"En los clavados me metí cuando iba yo al Deportivo Chapultepec. Mario Tovar me invitó, decía que yo tenía cualidades y después de mucho insistir me convenció."

-¿Admiraba a algún clavadista en especial?

"Por supuesto. Cuando vi a Gustavo Somoano me maravillé. Era el único en el mundo que tiraba tres vueltas y media. Quería ser como él aunque también soñaba con derrotarlo algún día".

-¿Cómo logró sus primeros triunfos internacionales?

"Aprendimos la técnica de Estados Unidos. Mario, quien era un profesor extraordinario, compró con su dinero una camarita de seis milímetros y filmó en cámara lenta y en blanco y negro a todos los clavadistas destacados de ese país, Bruce Harlan y Sammy Lee, entre otros.

"Íbamos, veíamos el clavado y corríamos al trampolín de un metros. 'No, te abriste antes'. Corríamos a ver otra vez y ¡pum! 'saliste después, no, de espaldas'. Así, a base de panzazos empezamos a aprender la técnica y gracias a ello pude ser campeón nacional en Estados Unidos".

-¿Las calificaciones que le otorgaban en los eventos internacionales favorecían a las potencias o eran imparciales?

"Sí había parcialidad. Sólo el mexicano no tenía quien le ayudara".

-¿Recibía algún tipo de apoyo en aquella época?

"Anteriormente no existía apoyo para el deporte. Yo me hice clavadista porque tenía vocación. Algunas personas me ayudaron, me dieron facilidades en el trabajo, me daban algunas comidas, pero hasta ahí."

-¿Por qué después de estar a la vanguardia en clavados, gracias a usted, esta disciplina ha venido a menos?

"Porque México se ha quedado rezagado en capacitación deportiva en relación a otros países. Se le echa la culpa a que no hay dinero, pero la verdad es que a nuestros dirigentes les falta tener más visión, recurrir a la iniciativa privada para conseguir patrocinios, tal como lo hacen en Estados Unidos. Es muy triste que hoy en día países como Cuba sean mejores que nosotros, cuando hace muchos años ¿qué era Cuba en cuanto a deporte se refiere?

"Las grandes potencias en materia deportiva en el mundo invierten mucho dinero en la preparación de sus atletas, por ello tienen muchos campeones".

EL RESPLANDOR MEXICANO EN LAS OLIMPIADAS

A través de estos 100 años del olimpismo moderno, el pueblo de México jamás olvidará la actuación de nuestros representantes en los Juegos Olímpicos de 1968, efectuados precisamente en el Distrito Federal. Esa justa ha sido la mejor en cuanto a cosecha de medallas se refiere para los mexicanos, pues se consiguieron nueve en total, tres de cada metal. Y es que para quienes lo vivieron en carne propia, quedaron grabados por siempre en su mente y su corazón el plétórico estadio de la Ciudad Universitaria, sede del atletismo y que también albergó las ceremonias de inauguración y clausura. Ni qué decir de la Arena México, escenario que vibró con las victorias de los pugilistas Ricardo Delgado y Antonio Roldán o aquella memorable jornada en la Alberca Olímpica Francisco Márquez, donde Felipe Tibio Muñoz conmovió a los presentes al darle a México la única presea dorada en la historia de la natación olímpica.

Momentos inolvidables, memorables y emotivos. Llenos de anécdotas y vivencias. Ojalá volviéramos a tener la sede de unos Juegos Olímpicos.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE MÉXICO 1968

Los Juegos Olímpicos de México '68 se inauguraron el 12 de octubre. De esta manera, México hacía historia al ser el primer país latinoamericano en realizar una olimpiada. Sobre la grama del

estadio de la Ciudad Universitaria desfilaron 5531 deportistas, representando a 112 países.

Cabe mencionar que por vez primera en el olimpismo, una mujer se encargó de transportar la antorcha en el último relevo hacia el pebetero, Enriqueta Basilio, quien paso a paso fue aplaudida por los presentes mientras ascendía los 93 escalones finales para llegar hasta la parte más alta del estadio. La ovación fue mayúscula cuando saludó hacia los cuatro puntos cardinales y dejó encendido el fuego que durante 15 días alumbró la fiesta universal.

En el terreno deportivo hubo grandes momentos. Los africanos Mohamed Gammoudi (Túnez) y Naftali Temu (Kenia), mostraron su poderío en las competencias de fondo al imponerse con facilidad en los cinco mil y diez mil metros, respectivamente.

En las pruebas de velocidad el estadounidense Jim Hines impuso récord mundial en los 100 metros planos con registro de 9.95, mientras que sus compatriotas Tommie Smith y John Carlos, oro y bronce en los 200 planos, fueron expulsados de su delegación al realizar un saludo con un guante negro durante la ceremonia de premiación en señal de protesta por los abusos de los derechos humanos contra la gente negra en los Estados Unidos.

De igual manera, Bob Beamon realizó una hazaña increíble luego de ejecutar un salto de 8.90 metros imponiendo un nuevo registro mundial, el cual permaneció imbatible por más de 23 años.

Y en la gimnasia femenil, apareció la novia de México, la checoslovaca Vera Cáslavská, quien con su arte y su gracia, fue la

reina del all around individual, superando en emotivo desenlace a la rusa Zinaida Voronina.

Y así como ellos hubieron más figuras destacadas, que con su trabajo en los escenarios deportivos se ganaron, además de su presea, el cariño y el reconocimiento del pueblo de México.

Regresando con nuestros representantes, debemos destacar además de los ya mencionados medallistas áureos, la relación de ganadores de preseas de otros metales. Por principio de cuentas aparece el sargento José Pedraza, valeroso andarín, pionero de la escuela de caminata establecida por el polaco Jerzy Hausleber.

Oriundo de Michoacán, Pedraza realizó una gran competencia en la prueba de los 20 kilómetros de marcha. Estuvo muy cerca del triunfo, el cual se le negó debido a un trastabilleo sufrido en la puerta del estadio olímpico, que le hizo perder un zapato y tiempo, razones suficientes para el ruso Volodymyr Holubnychy quien entró en primer lugar, apenas dos segundos antes que el mexicano.

Asimismo, México alcanzó dos medallas plateadas más en las pruebas de esgrima y clavados. En la competencia de florete individual, Pilar Roldán dio la campanada al subir al podio en segundo lugar dentro de la prueba de florete individual.

La espadachina mexicana alcanzó este metal después de superar a la rusa Galina Gorokhova, la francesa Brigitte Galapis y la sueca Kerstin Palm. No pudo obtener el oro pues sucumbió ante la soviética Yelena Novikova y la húngara Ildikó Ujlaki-Rejtó. De cualquier forma, el esfuerzo de Pilar Roldán ahí quedó.

La última medalla de plata para nuestro representante en 1968, corrió a cargo del clavadista Álvaro Gaxiola, quien a sus 31 años, motivado por su esposa, decidió buscar un lugar para estos juegos. Gaxiola había estado presente en Roma 1960, y se ubicó en cuarto lugar por debajo de su compatriota Juan Botella. Un accidente lo privó de asistir a Tokio '64 y a raíz de esto su carrera parecía ir en decadencia.

Pero el deseo de competencia inculcado por su cónyuge, llevó a Álvaro no sólo a ganarse un lugar en el equipo de clavados, sino también a realizar una extraordinaria competencia en la prueba de plataforma 10 metros. Peleó al tú por tú con el italiano, y a la postre triple campeón olímpico, Klaus Dibiasi.

El esfuerzo de Gaxiola le sirvió para quedarse con la presea de plata, apenas 10 puntos por debajo del europeo.

En cuanto a las medallas de bronce obtenidas por los competidores mexicanos les diremos que les fueron colgadas a la nadadora Mari Tere Ramírez, en la prueba de natación 800 metros libres, y a los boxeadores Joaquín Rocha, en la categoría de peso completo, y a Agustín Zaragoza en la división de los medianos.

Un complemento brillante en unos Juegos Olímpicos que le dieron a nuestro país 15 días de excelencia deportiva universal aunque sea en algunas disciplinas. Sí, porque desafortunadamente los triunfos no se volvieron a repetir en la misma magnitud en las olimpiadas subsecuentes.

ANTONIO ROLDÁN, EL CAMINO HACIA EL ORO

Llegó la hora de hablar sobre los medallistas de oro que tuvo México en aquel 1968. Iniciaremos con los pugilistas, en este caso con la trayectoria de Antonio Roldán Reyna.

Roldán fue un muchacho de extracción humilde. Nació y creció bajo el aroma de la colonia San Simón, en la delegación Cuauhtémoc, Distrito Federal. Desde pequeño se vio inmiscuido en peleas callejeras y nunca se rajó para los trompones. Era valiente y no le gustaba que lo humillaran. Sentía una gran admiración por su padrino, Armando Jaimes, pugilista estelar de las funciones de media semana en la Arena Coliseo.

Roldán disfrutaba cargándole el maletín rumbo a los entrenamientos en el legendario gimnasio Jordán. Ya ahí, no perdía detalle de los movimientos de su padrino. Los memorizaba y ponía en práctica cuando intercambiaba golpes con sus vecinos de colonia.

Cansado de verlo pelear en las calles, un día su padrino le dijo que toda esa energía la canalizara positivamente, le sacara provecho dedicándose mejor al boxeo. Antonio aceptó y de inmediato se puso a entrenar en un gimnasio de la colonia Atlampa. Tenía apenas 14 años de edad.

Rápidamente Roldán mostró cualidades para el pugilismo. Sin embargo, sus entrenadores no lo querían debutar y él ya estaba ansioso por trepar a un cuadrilátero de manera oficial. Cansado de esperar fue directamente a buscar a un promotor diciéndole que tenía 14 peleas, todas ganadas en peso mosca. Esta mentira le valió

pues en su primer combate salió airoso al derrotar a Santos Arellano.

Esto le dio confianza al hijo de la San Simón. En 1965 fue segundo en los Guantes de Oro. Sus padres lo apoyaron, diciéndole que si se dedicaba al boxeo lo hiciera bien. Después de varios triunfos importantes, Roldán se presentó ante Arturo Cuyo Hernández y el Chilero Carrillo, grandes entrenadores de box mexicanos. Se adhirió a su establo y no paró hasta los Juegos Olímpicos de México '68.

Desde luego, los estudios quedaron truncados. Antonio Roldán sudaba la gota gorda por las mañanas trabajando como obrero en una fábrica de Azcapotzalco, y en las tardes la volvía a sudar en los entrenamientos. Pero no le importaba el cansancio. El boxeo se había convertido en una obsesión para él.

Contra viento y marea Antonio Roldán consiguió ser incluido en el equipo de boxeo en la categoría de peso pluma para los Olímpicos de México '68. La última prueba la superó tras derrotar en dos ocasiones a Benjamín Ibáñez.

El camino hacia el oro para Antonio inició el 15 de octubre de 1968. La Arena México estaba repleta. Roldán sudaba de nervios. Sonó la campana y el mexicano salió decidido a obtener la victoria. No obstante la rapidez de su contrincante, el sudanés Hwad Abdel. Roldán se apuntó una fácil decisión de 5-0.

Dos días después, sumó otro éxito por la vía de la decisión. Ahora frente al irlandés Edward Tracey. El conteo: 4-1.

Para el martes 22 de octubre el escollo parecía complicado: Valery Plotnikov, de la Unión Soviética. Pero Roldán salió a hacer lo suyo y ante la motivación de la gente se impuso más fácil de lo esperado, 4-1, con lo cual aseguraba por lo menos la medalla de bronce. No obstante, Antonio quería más.

La confrontación más cerrada se presentó en las semifinales. El 24 de octubre fue la fecha. Antonio Roldán se fajó en serio para superar de manera apretada, pero justa, al keniano Philip Waruingi, 3-2. Faltaba un combate más para adueñarse del oro.

La tarde del 26 de octubre, los 20 mil asientos de la Arena México fueron insuficientes para recibir a todos los aficionados que deseaban estar presentes en aquella jornada final del boxeo olímpico.

Antonio Roldán iba decidido a todo. Su rostro tenso y su andar nervioso lo llevaron al ring donde ya lo esperaba su contrincante, el negro estadounidense Alfred Robinson, boxeador a quien el mexicano ya había derrotado meses antes en un torneo de preparación efectuado en Las Vegas.

Sonó la campana. Fue un round de estudio. Ninguno de los dos arriesgó ni tomó la iniciativa. Fueron tres minutos para deshacerse de los nervios. Un nuevo campanazo los llamó para el segundo episodio. Ahora sí, Robinson se fue hacia adelante con impactos a la cara, los cuales contrarrestaba Roldán con movimientos de cintura y golpes a las zonas blandas.

La Arena México era un manicomio, coreaba todo lo realizado por Antonio, aunque nerviosamente observaban la ofensiva del americano, a quien su ímpetu lo llevó a ser reconvenido por el réferi por golpear con la cabeza en dos ocasiones al nacido en la San Simón.

Faltaba aproximadamente un minuto para concluir ese round cuando Alfred entró y nuevamente golpeó con su cabeza la frente de Antonio produciéndole una herida como de cuatro centímetros entre la ceja y la sien. Subieron los doctores a revisarlo y detuvieron la pelea.

Fueron momentos de tensión para todos. Por fin se escuchó la determinación: Antonio Roldán, de apenas 19 años de edad, ganaba por descalificación. Era el nuevo rey olímpico en la categoría de las plumas. Robinson y su séquito no lo podían creer.

ENTREVISTA CON ANTONIO ROLDÁN

Siempre es interesante platicar con alguna figura boxística. Se valora y comprende al personaje. Y es que en la mayoría de los casos, hay una relación inmediata de hambre-boxeo. Sin embargo, en el ámbito amateur no es tan rígida esta aseveración. Para muestra, Antonio Roldán, medallista de oro en México '68.

Hoy en día es un hombre feliz, casado y con hijos. Se mantiene económicamente atendiendo un negocio propio de artículos deportivos por el rumbo de Iztapalapa, lugar donde pudimos conversar amablemente con él.

-¿Cuándo surgió en usted el interés por el boxeo?

"Fue muy curioso. Yo me crié en colonias conflictivas: la San Simón y la Atlampa, y lo que practicaba era el fútbol además de ser seguidor de las Chivas Rayadas del Guadalajara. Seguido había pleitos callejeros por donde vivía y yo no me rajaba. Después, mi padrino me invitó al box, aprendí la técnica y ya no pude salirme de ese medio. Me gustó mucho. No hubo cosa más importante para mí."

-¿Cuál fue la reacción de sus padres cuando les comentó que se iba a dedicar al boxeo?

"De apoyo. Me sorprendí un poco pues me comentaron que si eso quería, adelante, siempre y cuando lo hiciera bien."

-¿Quién le dio su primera oportunidad en el pugilismo?

"No recuerdo el nombre del promotor. Todo sucedió así: en el gimnasio donde entrenaba no me daban oportunidad de pelear. Me cansé de esperar y decidí acudir con un señor a quien le dije que tenía 14 combates invicto. No sé si me creyó o no, pero me puso en una pelea y le gané a un compañero más experimentado que yo."

"Posteriormente fui acumulando cartel y recurrí a los consejos del Cuyo Hernandez, (q.e.p.d.), y ya en los Olímpicos, mis entrenadores fueron Enrique Nowara y Casimiro Mazek."

-¿Cuáles fueron los mayores obstáculos que debió superar para llegar a la Olimpiada?

"Fueron muchos. La muerte de mi padre me dolió y desmoralizó demasiado. Asimismo, yo sufría mucho para dar el peso."

constantemente estaba en el vapor, sufriendo deshidrataciones extremas, las cuales me produjeron arritmia.

"También, unos meses antes de los juegos, cuando ya tenía mi lugar, mi madre me hizo una comida para celebrar mi inclusión en el equipo. Pero me dio tanto coraje el banquete que había hecho, sabiendo que no podía comer por mi tendencia a subir fácilmente de peso, que por poco y cuelgo los guantes. Mi actitud produjo en mi madre un estado de salud delicado, y sólo por ella retomé los entrenamientos."

-Platíquenos sus vivencias en las peleas olímpicas.

"Fueron momentos increíbles en mi vida. Siempre estaba nervioso, pero al oír a la gente gritar mi nombre y el de México, crecía mi deseo de victoria. Las primeras tres peleas resultaron más sencillas de lo esperado. Ya en semifinales el desafío ante el keniano fue durísimo y en la final ante Robinson me dolió mucho que se decidiera por esta vía, pues ambos estábamos dándonos muy bien".

-¿Por qué no hizo una carrera boxística exitosa a nivel profesional?

"Cuando concluyeron los juegos inicié mi carrera profesional. Marchaba bien, no obstante la fragilidad de mis cejas.

"Sin embargo, la desaparición de los promotores, George Parnassus y Pablo Ochoa, para quienes era una carta importante, me privaron de los anhelados triunfos importantes. El boxeo de paga se volvió un desorden. Yo ya no lo tomaba muy en serio, fui acumulando derrotas y finalmente en 1975 decidí no pelear más en mi vida."

-Desde entonces, ¿qué ha sido de su vida?

"Por fortuna he sido feliz. Me casé con la profesora Teresa Badillo. Tenemos tres hijos y me sostengo con un negocio de artículos deportivos y como entrenador de boxeo."

LA RUTA DE RICARDO DELGADO

"Estaba en el podio pero sentía que mi alma se iba para arriba, como si estuviera flotando. Era increíble que estuviera allí, en lo alto y que miles de personas aplaudieran y lloraran de gusto por mí. Y cuando tocaron el Himno Nacional e izaron nuestra bandera... ¡Ay, qué emoción! Ya no pude más. Se me salieron las lágrimas. Después bajé y me llevaron en hombros al vestidor, donde se encontraba mi madre y allí nos fundimos en un abrazo y en un mar de lágrimas". Son las palabras de Ricardo Delgado al recordar la noche del 26 de octubre de 1968, cuando le dio a nuestro país la medalla de oro dentro del boxeo categoría mosca, en los Juegos Olímpicos.

Ricardo Delgado Nogales vio la primera luz el 13 de julio de 1947 en la colonia Del Sapo, en México, Distrito Federal. A diferencia de otros pugilistas exitosos él no fue un producto callejero, sino un peleador de talento natural, que se forjó desde muy pequeño.

Delgado vivió una niñez feliz. Tenía muchos amigos en la colonia. Con ellos aprovechaba las soleadas tardes de primavera y verano para darse un chapuzón en los charcos que dejaban las

lluvias. No importaba que estuvieran contaminados, el objetivo era divertirse.

El boxeo le fue inculcado a Ricardo por su padre, Pedro Delgado, hombre que en su juventud lo practicó a nivel amateur aunque con resultados no muy halagadores.

Desde los seis años, Ricardo, a quien sus cuates apodaban *Picoso*, por la facilidad con que se encendía, organizaba funciones de box entre la palomilla. No había categorías en cuanto a peso. Los combates eran entre dos que estuvieran más o menos de la misma estatura. Pero no era a mano limpia. Se ponían guantes de vinil y el cuadrilátero se limitaba a cuatro líneas pintadas con gis blanco. *Picoso* era invencible en aquellas confrontaciones. Sabía mover las piernas y tirar golpes con naturalidad.

Sin embargo, no le entusiasmaba dedicarse cuando fuera mayor, al boxeo. El soñaba con ser bailarín.

Pero el destino cambió su decisión. A los 17 años, acudió junto con sus amigos a una función de box en los baños del Carmen en el barrio de Tepito. A la hora del combate estelar se anunció que uno de los pugilistas no se presentó y por lo tanto se cancelaba la pelea, a menos que uno de los presentes quisiera subir al ring.

Los amigos de Ricardo Delgado lo entusiasmaron y cuando se dio cuenta estaba ya en el enlonado intercambiando golpes. *Picoso* no se rajó, respondió las ofensivas de su rival y aunque un poco fatigado

por no tener condición física, salió adelante y además ganó la pelea.

Así empezó la carrera boxística de Ricardo Delgado. Al terminar aquella batalla se le acercó el entrenador Mario González, quien lo instó a dedicarse al boxeo. No insistió mucho, pues Picoso se interesó y en poco tiempo ya estaba metido en el gimnasio.

Su carrera se fue para arriba como la espuma. Ricardo Delgado pensaba en un objetivo: los Juegos Olímpicos de México '68. Tenía tres años para consolidar una carrera como boxeador aficionado dentro de la categoría de los moscas.

Y Delgado Nogales no perdió el tiempo. En este trienio acumuló una impresionante foja de 125 peleas ganadas a cambio de cuatro derrotas. Y a pesar de ello, no estaba seguro su lugar en el equipo olímpico. Tuvo que ganar un sitio derrotando en dos peleas a Roberto Cervantes.

El camino hacia la medalla de oro en la Olimpiada comenzó el 17 de octubre. La Arena México estaba llena. Ricardo lucía serio, decidido pero con muchos nervios enfrentó a su primer contrincante, el irlandés, Arthur McCarthy. Picoso hizo las cosas muy bien, boxeo como él sabía y terminó imponiéndose por decisión unánime.

Posteriormente, ya con mucha confianza, dispuso también por decisión unánime del japonés Tetsuaki Nakamura y del brasileño Santos Servilio. Así de rápido, Ricardo Delgado estaba ya en la etapa final de los Juegos Olímpicos. Un triunfo más y el oro se quedaba en México.

Su rival, el polaco, Artur Olech, el mismo que un mes antes le había infligido al mexicano su cuarta derrota en Varsovia.

Otra vez, el escenario repleto. La fecha, 26 de octubre de 1968. Nervios incontrolables, las piernas se le doblaban al boxeador mexicano. Vino la calma y la hora de la verdad. El árbitro los llamó a combatir y con el aliento del público los nervios se fueron evaporando.

Desde la campanada, Ricardo salió a hacer lo suyo, a tirar su jab para mantener al europeo a distancia y contragolpearlo a base de unos puños rápidos. Era la clásica pelea entre el fajador y el boxeador. Olech intentaba acabar la batalla de un solo golpe, en tanto Delgado, plasmaba su esgrima boxística sobre el cuadrilátero.

La misma historia se repitió en los tres rounds. Ricardo dominó claramente la pelea. Al sonar el último campanazo, todo fue júbilo en la Arena, pues sabían que Picoso había ganado. Sólo fue cuestión de esperar el veredicto oficial: Ricardo Delgado ganador por decisión unánime. La medalla de oro en el peso mosca era para México.

ENTREVISTA CON RICARDO DELGADO

Ricardo Delgado es amante de la puntualidad. La cita había sido pactada a las 11 de la mañana en las oficinas de la Comisión Nacional del Deporte, lugar a donde arribó a las 10:55. Nosotros hicimos lo propio.

Por desgracia, un incidente, quizá minúsculo, al no encontrar el cerrajero la llave del lugar destinado para la entrevista, molestó al famoso Pícoso. Transcurrieron poco más de 10 minutos antes de que por fin la puerta de la oficina marcada con el número 217 se abrió. Acompañados de café y galletas, charlamos con Ricardo Delgado, quien conforme avanzó la charla se tranquilizó y emocionó al recordar esas hermosas experiencias de los Juegos Olímpicos de México 1968.

-¿Alguna vez en su infancia soñó con ser boxeador?

"Nunca. Sí me gustaba el boxeo, mi padre me hablaba y enseñaba mucho, pero hasta ahí. Yo era un niño normal, que dentro de sus carencias económicas era feliz, iba a la escuela, tenía mis amigos. Curiosamente a mí me hubiera gustado ser bailarín."

-¿Aunque sí le gustaba organizar sus funciones de box callejeras?

"Sí, pero eran parte de un juego. Igual jugábamos a boxear que íbamos y nos dábamos un chapuzón en las lagunas."

-¿Se puede decir entonces, que usted era un boxeador con talento innato?

"Eso me dijeron mis entrenadores. Yo sólo sabía algunos movimientos que me enseñó mi padre. Lo demás lo traía en la sangre."

-Cuando decide dedicarse al boxeo, ¿qué apoyos recibía?

"Al principio, ninguno. Conforme íbamos progresando el Comité Olímpico pagaba para foguearnos, hacíamos giras por Europa, fui a Juegos Centroamericanos. También teníamos supervisión médica. Y nada de dinero ¿eh?"

-Tras acumular muchas victorias, ¿confió en ser medallista en los Juegos Olímpicos de México?

"De ninguna manera. Y es que a pesar de mi buen currículum no tenía seguro mi lugar en el equipo olímpico de boxeo. Me obligaron a pelear en dos ocasiones ante Roberto Cervantes. Por fortuna le gané. Ya cuando estaba en el equipo me dije: 'este esfuerzo debe ser recompensado, ¿cómo?, ganando una medalla.'"

-¿Valió la pena no haber estudiado una carrera para dedicarse al boxeo?

"Quizá si no hubiera ganado una medalla, me hubiera arrepentido. Gracias a Dios la conseguí y te puedo decir que no me arrepiento de lo que hice. Además, aunque en su momento sólo terminé la primaria, posteriormente, ya de adulto, estudié la secundaria y la preparatoria."

-¿Cambió en algo su vida después de haber ganado la medalla olímpica?

"De momento sí. Me hicieron homenajes, reconocimientos. Pero después, el sueño se acabó. Trabajé como obrero y aunque me dedicué al boxeo profesional, ya nada fue igual."

-¿A qué se refiere?

-Desafortunadamente en el boxeo profesional existe toda una mafia. Yo fui escalando posiciones para ser campeón mundial, y nunca me dieron la oportunidad, cuando me la había ganado a pulso. Profesionalmente sostuve entre 25 y 26 peleas."

-¿A qué se dedica ahora?

"Doy clases de boxeo en el Deportivo Guelatao".

-¿Qué objetivo tiene aún por conseguir?

"Me encantaría que algún día pudiera estar en una esquina con mi selección de boxeadores en unos Juegos Olímpicos. Sería maravilloso, sería como estar nuevamente en el ring luchando por conquistar una medalla para México."

EL FORMIDABLE TIBIO MUÑOZ

Hasta 1996, la única medalla de oro en la natación olímpica para México, fue conseguida también en los juegos de 1968 por un jovencito de 17 años a quien apodaban Tibio y se llamaba Felipe Muñoz Capamas.

Este muchacho, nació en la ciudad de México el 3 de febrero de 1951. Desde chiquillo fue muy inquieto. Canalizaba todas sus energías a través de los deportes, sin preferir alguno en especial. Lo mismo le entraba al fútbol, que al béisbol, basquetbol, fútbol americano, canicas, trompo y balero. Dicen sus hermanos que a Felipe le encantaba competir contra muchachos mayores que él, para así obligarse a dar un esfuerzo extra. Las calles de la colonia Roma eran los escenarios donde los practicaba.

Felipe siempre fue un líder. Tenía carácter, mucho entusiasmo y un gran sentido del humor. Además, se entregaba en cualquier actividad que desempeñaba.

Cuando cumplió 12 años, Felipe y sus hermanos menores, Javier y Sergio, acudieron al Deportivo Vanguardia cuya mayor atracción era una alberca de 18 metros de largo. Arturo Rivera era quien atendía la natación.

El Tibio empezó a nadar. No lo hacía mal. Rivera lo observaba advirtiéndole facultades interesantes en el muchacho. Felipe había encontrado una actividad diferente, dándole de paso tranquilidad a su madre, quien prefería verlo nadar en el deportivo, a andar de vago en las calles.

Un año más tarde, Rivera escogió a Felipe Muñoz para que representara al Deportivo Vanguardia en una competencia sobre 25 metros en la ceremonia inaugural de la alberca de la Unidad Independencia del IMSS ante la presencia del presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy.

A Muñoz Capamas le gustó vivir esa experiencia. Por lo tanto, decidió comenzar a nadar más en serio, iniciar de hecho una carrera en la natación.

Se quedó en la Unidad Independencia pero nunca tuvo una buena relación con el profesor José García Cervantes, director de ese centro deportivo. Ante tal situación, Felipe se fue a la Unidad Morelos, bajo la tutela del también profesor Nelson Vargas.

Entrenaba fuerte, sin descuidar sus estudios. Vivía intensas jornadas de trabajo. Iniciaban a las cinco de la mañana y concluían después de las ocho de la noche.

Para 1966, el Tibio fue convocado al Centro Deportivo Olímpico Mexicano, con miras a formar parte del equipo de natación hacia la Olimpiada del '68. El estadounidense Ronald Johnson era aparentemente el entrenador nacional. Sin embargo, hubo grilla interna y apareció otro estratega, el húngaro Bela Raky. El divisionismo fue manifiesto. Se formaron dos grupos de nadadores, uno con el europeo y otro con el americano. Felipe se quedó con Johnson.

Después de más de dos años de trabajo, en los cuales Ronald vio en Muñoz a un fuerte candidato para pelear la medalla de oro en

la prueba de 200 metros pecho, el COM determinó un duelo entre los grupos formados. El resultado fue abrumador en favor de los discípulos de Johnson.

Por fin llegaba la hora de la verdad. Los Juegos Olímpicos de 1968. La fecha: 22 de octubre. El lugar: la Alberca Olímpica Francisco Márquez.

Ese día, sorpresivamente un joven mexicano de apenas 17 años de edad, había acumulado por la mañana la mejor marca en las rondas eliminatorias en la prueba de los 200 metros pecho.

Felipe Tibio Muñoz, alentado por los más de 10 mil aficionados que abarrotaron la piscina, enfrentaría esa noche el reto más grande de su vida, ganar una medalla olímpica. Sin embargo la misión no era nada sencilla, pues debía superar a los considerados favoritos, el campeón soviético Vladimir Kosinski, y a su eterno rival, el norteamericano Brian Job.

Felipe nadaría en el carril de honor, el número cuatro. Su semblante, nervioso por fuera, no reflejaba la seguridad y el deseo interno de victoria. Ronald Johnson, junto con sus asistentes, Nelson Vargas y Manuel Echevarría, habían planeado la estrategia, buscando recorrer la distancia en menos de 2.30 minutos.

El reloj marcaba las 8:04 de la noche. El júbilo de los presentes estalló cuando se anunció el nombre de Felipe Muñoz, quien después de agradecer los aplausos hizo la señal de la V de la victoria y se despojó de su pants rojo.

Después vino el disparo. Todo en orden. Los tritones devoraron rápidamente los primeros 50 metros. Muñoz tocó en quinto lugar. El alemán Henninger marchaba al frente. Ahora, tras los 100 metros. El alemán sigue adelante. Job es segundo, Kosinski tercero, y el mexicano ya es cuarto, apenas un metro atrás.

Transcurridos los 150 metros, Felipe atacó. Sin salirse de lo planeado, alentado por el público, rebasó a Henninger y a Job, dejando el duelo con el soviético. 175 metros, el Tibio se coloca adelante con algunos centímetros de ventaja sobre Kosinski. Ya sólo es una competencia entre dos.

La Alberca Olímpica es un manicomio. Ninguno de los dos ceja en su intento. Cada brazada es vital en la búsqueda de la medalla áurea. Felipe defiende la delantera. El soviético ataca. Final cerradísimo. Último pechazo, ambos tocan, casi de manera simultánea. Expectación, ¿quién ganó? Finalmente la incógnita se despeja al aparecer en el tablero electrónico los resultados oficiales. Primer lugar: Felipe Muñoz, México, 2:28.7; segundo: Vladimir Kosinski, URSS, 2:29.2; tercero: Brian Job, USA, 2:29.9

En las tribunas, la gente grita, ríe, llora. Felipe Tibio Muñoz le ha dado a México la medalla de oro en los 200 metros pecho. Todos lo abrazan, sus entrenadores lo felicitan, él alza los brazos, satisfecho de lo realizado.

A la hora del izamiento de nuestro lábaro patrio, una lágrima se escapó de los ojos de Felipe. El presidente, Gustavo Díaz Ordaz, lo felicitó a través del teléfono.

La carrera olímpica de Muñoz Capamas finalizó cuatro años después en Munich, Alemania, donde ya no pudo refrendar el título de los 200 metros pecho. Finalmente el Tibio se retiró de las competencias en 1974, luego de haber conseguido tres preseas doradas en los Juegos Centroamericanos y del Caribe efectuados en Santo Domingo, República Dominicana.

ENTREVISTA CON FELIPE MUÑOZ

La plática con Felipe Muñoz tuvo lugar en una radiante oficina de la Confederación Deportiva Mexicana, en el oriente de la ciudad. Fue necesario puntualizarle a su secretaria de qué iba a tratar la entrevista. Ya con el visto bueno del Tibio, fue cuestión de que la máxima autoridad del deporte en nuestro país nos abriera un espacio en su saturada agenda de trabajo.

Después de tres días de insistencia, nos recibió. Un saludo breve y de inmediato lo abordamos para que con sus propias palabras, recordara aquella experiencia vivida en la Alberca Olímpica durante los Juegos Olímpicos de México '68.

-¿Es cierto, Felipe Muñoz, que en su infancia le gustaba más el basquetbol que la natación?

"En sí me agradaba practicar todos los deportes, desde canicas hasta futbol americano, pasando por el trompo y el balero. La natación no la desarrollaba porque no tenía la oportunidad de nadar frecuentemente. Y si me ponían a elegir con cuál deporte me quedaba, no dudaba en decidirme por el baloncesto."

-¿Cuándo se dio entonces el gusto por la natación?

"Hasta los 12 años cuando junto con mis hermanos menores íbamos al Deportivo Vanguardia. La alberca no era olímpica, pero a mí se me hacía enorme. Poco a poco le fui tomando cariño al agua y con la ayuda de Arturo Rivera, inicié mi carrera en la natación."

-¿Cómo influyó Arturo Rivera en su vida acuática?

"Mucho, pues él se encargaba de la natación en el Vanguardia. Un día me invitó a representar al deportivo en la inauguración de la alberca de la Unidad Independencia, acto en el que iba a estar presente el presidente Kennedy. Acudí, competí y me gustó mucho el ambiente de la competencia."

-¿Qué opinión tiene del profesor García Cervantes, director de la Unidad Independencia en los años 60?

"Nefasta. Nunca nos entendimos. No me quería, no sé por qué. Terminamos mal debido a que no me incluyó en una selectiva a Austin cuando yo me gané mi lugar a pulso. En venganza, fui al estacionamiento y me oriné en la manija de la puerta de su automóvil."

-¿Tuvo el apoyo de su familia cuando decidió dedicarse a la natación?

"Sí. Cuando entré al Vanguardia mi madre me decía que prefería tenerme en el deportivo a estar de vago en las calles. Ellos me respaldaban pero a la vez me pedían que continuara mis estudios."

-¿Qué papel jugó Ronald Johnson en su éxito deportivo?

"Simplemente fue mi guía. Aunque no sólo él, también el profesor Nelson Vargas me ayudó y apoyó enormidades. Siempre recibí buen trato, consejos y se preocupaban mucho por todos los que integrábamos el equipo".

-¿Es verdad que en una ocasión su vida estuvo en peligro al entrenar en Oaxtepec?

"Sí. Meses antes de los Juegos Olímpicos estábamos en Oaxtepec. En la alberca donde entrenábamos se descompuso el clorificador, por lo tanto, a través de unas mangueras le vaciaban el cloro al agua. Para mi mala pata, cuando yo nadaba alguien de los compañeros accidentalmente zafó la manguera y cuando llegué a la orilla, no me di cuenta y tragué cloro.

"De inmediato me llevaron al servicio médico. Yo seguía mal, incluso grave. No reaccionaba. Me trasladaron a un hospital en Cuautla donde gracias a Dios me recuperé poco a poco. Pero sí fue un gran susto, no sólo para mí sino para todos los que estaban conmigo en ese momento."

-¿Qué recuerda de la rivalidad que se creó con Brian Job?

"Fue un pique deportivo muy padre. Antes de los juegos fuimos a California a una competencia y le gané. Job era el mejor nadador de Estados Unidos. Tres semanas después, nos volvimos a enfrentar, ganando él por apenas cinco décimas de segundo.

"La tercera sería la definitiva. Fue en la Olimpiada. Le gané la batalla más importante y él se quedó con el bronce."

-¿Qué pasó por su mente momentos antes de iniciar la competencia por la medalla de oro?

"Me sentía tenso, pero confiaba en la victoria. En el vestidor el competidor japonés, meditaba; el alemán tenía las piernas hacia arriba; los estadounidenses lucían aparente tranquilidad y veían retadoramente a los soviéticos quienes a su vez también estaban muy nerviosos.

"Yo también me refa, aunque creo era de nervios. Estaba completamente seguro de que nadie podría vencerme esa noche, de que nada sería más grande que mi anhelo de ofrecer a mi país una medalla de oro."

-¿Además de las instrucciones de Ronald Johnson, alguien más te dijo algo antes de la competencia?

"Mi padre me dijo: 'hijo, no te preocupes, el haber pasado a la final ya es grandioso. El lugar que ocupes ahora es secundario; diste una gran satisfacción al pasar como primero en las eliminatorias y hoy la gente viene no a verte ganar sino a verte dar tu mejor esfuerzo'.

"Escuché pacientemente sus palabras, le di las gracias por su apoyo y firmemente le contesté, no papá, ¡yo voy a ganar!".

-Después de haber obtenido la presea, ¿recibió algún premio en especial?

"Me hicieron muchos reconocimientos, pero el único regalo que me dieron fue una casa. Me la regaló el presidente Gustavo Díaz Ordaz. Y fue curioso porque la que yo quería para mi madre, en la calle de Doctor Vértiz, la vendían con todo y muebles. La esposa del primer mandatario intervino y nos la dieron amueblada y todo."

-¿Por qué ya no logró una medalla más en Munich '72?

"Es que ya no hubo el mismo apoyo como en 1968. No teníamos giras suficientes de preparación, el fogeo fue escaso, los demás países progresaron. Por lo tanto, el esfuerzo realizado no alcanzó para más de un quinto lugar."

LA MARCHA, DEPORTE DE BUENOS RECUERDOS PARA MÉXICO

Los Juegos Olímpicos de Montreal '76 estuvieron matizados por una serie de factores antagónicos. Primeramente, un grupo de más de 20 países, principalmente africanos, boicoteó los Juegos debido a que el COI se negó a castigar a Nueva Zelanda después que un equipo de rugby participó en una competencia en Sudáfrica, a pesar de las recriminaciones mundiales por su política de segregación racial.

De igual manera, a raíz de la matanza de 11 atletas israelíes en Múnich '72, el aparato de seguridad en Montreal fue impresionante. Los competidores parecían estar en una ciudad en combate y no en una metrópoli olímpica. Por fortuna, del lado deportivo apareció la rumana Nadia Comaneci, quien con sus ejecuciones perfectas embelesó al mundo ejecutando majestuosas rutinas gimnásticas, logrando así la primera calificación de 10 en la historia de esta disciplina.

Con un estadio todavía en proceso de culminación, los Juegos Olímpicos de Montreal se inauguraron el 17 de julio de 1976. Participaron 6028 atletas en representación de 92 países. México estuvo presente con un contingente de 104 deportistas.

Al final, la Unión Soviética volvió a encabezar el medallero con 125 preseas, 49 de ellas de oro, seguida de Alemania Democrática y los Estados Unidos.

A nivel individual, además de Nadia, figuraron el gimnasta ruso Nikolai Andrianov, el nadador norteamericano John Naber y

los pugilistas Teófilo Stevenson (Cuba) y Ray Sugar Leonard (Estados Unidos).

Para México hubo dos medallas, una de oro y una de bronce. El metal áureo lo ganó Daniel Bautista en la prueba de marcha de los 20 kilómetros, siendo ésta la primera preseña dorada en la historia del atletismo olímpico para nuestro país, en tanto la de bronce fue para el boxeador Juan Paredes en la división de peso pluma.

EL MARCHISTA DE LA DÉCADA DE LOS 70

Daniel Bautista Rocha nació el 4 de agosto de 1952 en la estación El Salado, San Luis Potosí. A los dos años, sus padres se trasladaron a Nuevas Colonias, municipio de San Nicolás de los Garza, Nuevo León, por la cercanía con Texas y la pizca de verduras y legumbres en ese estado de la Unión Americana.

Vivió una infancia tranquila, feliz, aunque no hubo lujos en la familia jamás pasaron hambre. Inclusive le buscaba el modo de ayudar a su papá llevando algunos centavos a la casa.

Daniel cursó sus estudios en la primaria Pío XII y la secundaria en la número 12.

Fue precisamente en este nivel escolar cuando enseñó cualidades por el deporte. De la mano del profesor de Educación Física, Antonio González, Bautista corría de manera acertada los 100, 200 y 400 metros planos. Más adelante probó en la caminata en distancias de tres kilómetros.

La disciplina, el carácter y desde luego la capacidad física del potosino, le ayudaron a destacar de manera veloz.

Un acontecimiento cimentó en Daniel un sueño que a la postre se haría realidad. En 1968, durante los Juegos Olímpicos de México observó por televisión la obtención de la medalla de plata de José Pedraza en la prueba de 20 kilómetros de marcha. El gusto definitivo por esta disciplina se quedó grabado en su mente y su corazón.

Al terminar la secundaria, y obligado por las necesidades económicas de la familia, Bautista entró a trabajar. Se inscribió seis meses en la Academia de Policía, para convertirse en su oportunidad, en oficial de crucero.

Era 1971. Bautista tenía 19 años de edad, cuando se le presentó la oportunidad de ir a Oaxtepec a competir en los Juegos Infantiles y Juveniles, porque cabe señalar que al parejo de su trabajo como policía, él continuaba entrenando.

En Oaxtepec, conoció a Raúl González, quien le sugirió ir al CDOM. Así lo hizo, lo presentaron con el entrenador nacional, Jerzy Hausleber, quien vio en Daniel a un gran competidor y se quedó de inmediato en el equipo.

Daniel iniciaba sin querer una gran carrera como marchista, especialmente en la prueba de los 20 kilómetros. De 1.70 metros de estatura, de músculos elásticos y resistentes, piernas cortas, dueño de una gran capacidad aeróbica, cuerpo atlético, ancho y

flexible, eran las características físicas ideales que en él veía el coach Hausleber.

Vinieron triunfos importantes para el potosino. En 1975, en Bydgoszcz, Polonia, un desconocido mexicano que responde al nombre de Daniel Bautista, rompió la marca mundial al parar el cronómetro en una hora, 22 minutos. Luego vino la medalla de oro en los Panamericanos de México '75. En un abrir y cerrar de ojos, Daniel Bautista comenzaba a hacer historia en el atletismo mundial.

Con un currículum respetable, el andarín mexicano se presentó a los Juegos Olímpicos de Montreal '76. Pese a todo, él no era el favorito. Los expertos se inclinaban por los peligrosos alemanes democráticos, Peter Frenkel, campeón olímpico en '72, Hans-Georg Reimann y Karl-Heinz Stadtmüller.

La fecha de la prueba de los 20 kilómetros de marcha: 23 de julio de 1976. Además de Daniel, los otros competidores mexicanos eran Raúl González y Domingo Colín.

La competencia inició. El grupo de 38 atletas era compacto. Al paso de los metros se fueron quedando rezagados varios de ellos, mas no los mexicanos. Los tres se mantenían en el grupo al igual que los alemanes. Bautista se notaba tranquilo, con paso seguro, sin enseñar rastros de fatiga.

A los 12 kilómetros, sólo se mantenían en el pelotón Daniel Bautista junto al trío alemán. De los otros competidores aztecas, González se quedó atrás y a Colín lo habían descalificado.

Bautista estaba solo contra el mundo. Sin embargo, la buena preparación del potosino albergaba entre los mexicanos la

posibilidad de alcanzar una medalla no obstante que aún restaban dos quintas partes de recorrido.

Los alemanes atacaron, intentando tronar al mexicano. Además pretendieron intimidarlo con insultos, que para Daniel eran como gruñidos. Nada funciona, Bautista sigue de terco peleando al tú por tú y las energías utilizadas por los teutones hacen mella en su rendimiento pues parecen agotados.

Faltan dos kilómetros para la meta. El mexicano jala, Reimann y Frenkel intentan pegársele pero no pueden, se quedan atrás. Daniel Bautista se encamina solo hacia el estadio olímpico. Jerzy Hausleber lo anima gritándole "vamos negro, tú puedes".

Daniel cruzó la meta con los brazos en alto, esbozando una gran sonrisa, reflejo de la satisfacción y alegría provocada por esa victoria. Bautista ganó la medalla de oro con tiempo de 1:24.40, implantando nuevo récord olímpico, plata para el alemán Reimann, 1:25.13 y bronce para el también teutón, Frenkel, 1:25.29. Con esta gran victoria, Daniel Bautista Rocha, le daba a México su primera medalla de oro en la historia del atletismo olímpico.

Como premio a su proeza, Daniel Bautista fue merecedor del Premio Nacional del Deporte.

Lejos de colgar los tenis. Daniel siguió adelante. Disfrutaba las competencias, el atletismo. Su carrera se mantuvo en la cúspide. Obtenía triunfo tras triunfo o resultados importantes en la gran mayoría de los eventos en que se inscribía tanto locales como internacionales.

Todos parecía estar listo para que refrendara su título en los Juegos Olímpicos de Moscú 1980, pero...

La mañana del 24 de julio de 1980, los andarines escuchaban atentos las últimas indicaciones de los jueces, antes de oír el disparo que los empujaría a devorar los 20 mil metros señalados en la distancia.

Daniel, fiel a su costumbre integra desde el arranque el pelotón. Siempre se mantiene entre los primeros. Su técnica en cada paso se repite constantemente. No hay diferencia entre uno y otro braceo. De nueva cuenta el mexicano lucha codo a codo ahora contra el soviético Anatoly Solomin y el italiano Maurizio Damilano.

Restan tan sólo dos kilómetros. Daniel aventaja considerablemente a sus más cercanos perseguidores. Entra solo a un túnel del cual ya no saldría pues increíblemente el juez polaco de apellido Kirkov lo ha descalificado, cuando se enfilaba a la conquista de su segunda medalla de oro.

Todo es desconsuelo. Daniel no lo puede creer. Ha sido una dolorosa situación. Al final, el italiano se quedó con la medalla de oro.

Bautista lo intentó en los 50 kilómetros. Poco éxito, abandonó a la altura del kilómetro 32. Resultado de esta Olimpiada: Daniel Bautista anuncia su retiro del atletismo.

Nadie lo convence, su adiós es definitivo. Se fue uno de los mejores marchistas de todos los tiempos en la prueba de los 20 kilómetros. Así queda plasmado en 1987 cuando la Federación

Internacional de Atletismo lo elige como el segundo mejor en la historia, sólo detrás del soviético Vladimir Golubnichy.

ENTREVISTA CON DANIEL BAUTISTA

Contactar a Daniel Bautista resultó complicado. El Comité Olímpico Mexicano aseveraba que no tenía su número telefónico. Misma situación argumentaban en la Comisión Nacional del Deporte. Fue gracias a un compañero periodista, quien nos proporcionó su dirección y teléfono en Monterrey (allá vive), como por fin pudimos ponernos de acuerdo para la entrevista.

Afortunadamente, Bautista vino al Distrito Federal a un evento de la Asociación de Medallistas Olímpicos. Al concluir el desayuno de prensa celebrado en un prestigiado hotel de Paseo de la Reforma, gentilmente respondió a todos los cuestionamientos.

-¿Cómo se dio el gusto por la caminata?

"Cuando entré en la secundaria me gustaba competir en las pruebas de velocidad. Ya ahí, el profesor Antonio González me invitó a concursar en la caminata, aunque fue hasta 1968 cuando vi los Juegos Olímpicos por la televisión y en especial la manera como luchó el Sargento Pedraza en la prueba de los 20 kilómetros, cuando se quedó en mí un gusto por practicarla."

-Tengo entendido que usted trabajaba pero no dejaba de entrenar en Monterrey, ¿es esto cierto?

"Así es. Debido a la situación de mi hogar tuve que trabajar al salir de la secundaria. Me capacité como policía y de eso

trabajaba en un crucero, y en mis ratos libres iba a la pista a entrenar."

-¿Qué papel jugó Raúl González en su carrera como deportista?

"Muy importante. A Raúl lo conocí en una competencia en Oaxtepec y muy amablemente me aconsejó que fuera a México. 'Si te gusta esto, debes ir al CDOM con el profesor Hausleber', me dijo. Lo pensé, me decidí, y al llegar a México me presentó con el profesor. Quizá si no hubiera hecho lo que me dijo mi paisano, no hubiera trascendido en el deporte".

-Usted tenía las cualidades para caminar, pero estuvo cerca de retirarse en 1974, platiquemos sobre ello.

"Pues verás, en febrero de 1974 se realizó en Veracruz la selectiva para integrar el equipo que asistiría a los Juegos Centroamericanos en Santo Domingo. Yo estaba muy ilusionado. Sin embargo no pude calificar, asistirían los primeros tres y yo culminé en cuarto.

"En un arranque de rabia le dije al profesor que me retiraba, que esto no era para mí. Tenía ya un año de entrenar en el CDOM y no sentía mejoría."

-¿Quién lo disuadió de su decisión?

"El mismo Hausleber. Ese mismo día cuando terminó la prueba me comentó que se debía ser más grande en la derrota que en la victoria, porque es aquella la que forja a los campeones y los hace nacer de sus propias debilidades.

"Me habló muy bonito. Fue sincero. Sus palabras me hicieron recapacitar, pensé mejor las cosas y decidí mantenerme en el deporte. A partir de esa charla, fui otro competidor."

-Conforme se fueron dando los resultados y se acercaban los Juegos de Montreal '76, ¿qué pasaba por su mente?

"En primer lugar, mi nombre ya era conocido en varias partes del mundo. En México, las autoridades deportivas me apoyaban sin escatimar nada, me alentaban y buscaban complacerme en todo lo que pedía.

"Interiormente, sentía mucho placer al competir. Cada vez que estaba en un evento surgía en mí una rara mezcla de tensión y nervios con alegría. En resumen era un peleador con un carácter construido en la trinchera de los entrenamientos y las competencias."

-Describanos la prueba de los 20 kilómetros de marcha en Montreal '76.

"Yo tenía mucha decisión en ganar la medalla aunque sabía que iba a ser difícil. Me había mentalizado para ganar, confiaba hacer bien las cosas como las había hecho entonces y que me dieron buenos resultados.

"Al iniciar la competencia me olvidé de todo y conforme fue desarrollándose la prueba, los nervios se evaporaron. Me sentía bien, fuerte. Mi vista se perdía en el horizonte y mis oídos sólo alcanzaban a escuchar vagamente los gritos de apoyo de Hausleber.

"Cuando faltaban cuatro kilómetros me vi en medio de los alemanes. Apreciaba su fatiga en el rostro. Cuando estaban cerca de mí me decían un montón de cosas, las cuales no entendía y la verdad ni me importaban. En ese momento decidí atacar y ellos por más que intentaron no lograron igualarme.

"Me quedé solo. Me dirigí al estadio y sentí muy bonito al oír los gritos de la gente, sus aplausos. Se me olvidó el cansancio, apuré el paso pues sólo deseaba cruzar la meta en primer lugar. Al hacerlo, levanté los brazos y una sensación indescriptible me invadió.

"Posteriormente vino la premiación, el Himno Nacional me hizo estremecer. Te sientes más mexicano que nunca y no cambiarías ese lugar por nada en el mundo."

-Hablemos ahora de Moscú '80, ¿es verdad que un juez mexicano fue el primero en indicar que no caminaba correctamente?

"No puedo afirmar eso. Lo que sucede es que en 1979 durante una competencia en Jalapa, el juez Márquez de la Mora me infligió la primera descalificación de mi carrera. Esto propició que en Europa iniciaran una campaña en mi contra afirmando que yo no caminaba bien.

"Un fotógrafo de la revista L'equipe me siguió muy de cerca y publicó unas fotos en las cuales según se veía que flotaba. Uno de los interesados en las gráficas fue el juez alemán Ulfer Kramer, quien aparentemente resentido por la derrota de sus paisanos en

Montreal, me descalificó en un evento previo a los Juegos de Moscú".

-Entonces los jueces europeos ya le tenían en la mira en Moscú.

"No sabría decirte, pues esa es una aseveración muy delicada. De momento me dolió, me sobresalté, pero después en la meditación, uno se siente tranquilo, y esa decisión la dejo en la conciencia de los jueces".

-¿Por qué se retiró después de los Olímpicos de Moscú, influyó la descalificación?

"No. Quizás lo de Moscú haya sido la gota que derramó el vaso, pero era una decisión que yo ya había tomado con anterioridad, pasara lo que pasara en aquellos juegos. Era el momento de decir adiós, ya había alcanzado mi meta como deportista y por lo tanto quise ceder el paso a las jóvenes generaciones."

Daniel Bautista se convirtió después en dirigente deportivo en la ciudad de Monterrey. Se casó con María Dolores Ortiz, con quien ha procreado tres hijos: Daniela, Nayelli y Jorge de Jesús.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE LOS ÁNGELES 1984

Fuera de México, la Olimpiada en que más preseas han conquistado nuestros atletas fue en Los Ángeles 1984, cuando regresaron a casa con un total de seis preseas, tres menos de las ganadas en 1968.

La obtención de los metales recayó en los deportistas Ernesto Canto (oro en los 20 kilómetros caminata), Raúl Gonzalez (oro en los 50 y plata en los 20 kilómetros), Daniel Aceves (plata en lucha grecorromana), Héctor López (plata en boxeo, peso gallo) y Manuel Youshimatz (bronce en ciclismo, prueba por puntos).

Quizá fue por la cercanía con nuestro país, o por el apoyo de los paisanos arraigados en Los Ángeles, lo que haya sido, pero estos juegos resultaron inolvidable para México.

La edición XXIII de los Juegos Olímpicos tuvo lugar entre el 28 de julio y el 12 de agosto de 1984. Un total de 6797 atletas, en representación de 140 naciones aparecieron en esta cita olímpica. Debido al boicot encabezado por la Unión Soviética, Alemania Democrática y Cuba, y 10 países más en represalia por el movimiento de cuatro años antes, los Estados Unidos se dieron vuelo acaparando metales y no les fue difícil encabezar el medallero, dándose el lujo de obter triunfos en deportes en los cuales ni remotamente eran potencia.

Estados Unidos alcanzó 174 medallas, 83 de ellas de oro. Su rival más cercano fue Rumania con 53 preseas, 20 áureas, y en tercero se ubicó Alemania Federal con 59 metales, 17 de ellos de oro.

Individualmente hicieron historia el estadounidense Carl Lewis, ganador de cuatro medallas de oro en el atletismo, el clavadista Greg Louganis, oro en plataforma y trampolín, la rumana

Ekaterina Szaba en gimnasia y el británico, Daley Thompson en la desgastadora prueba de la decatión.

LA CUARTA FUE LA VENCIDA PARA RAÚL

Uno de los ganadores de medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles '84, para México, fue Raúl González, gran andarín, considerado uno de los mejores de la historia en la distancia de los 50 kilómetros.

Raúl González Rodríguez vio la primera luz el 29 de febrero de 1952 en China, Nuevo León. Vivió con sus padres en el rancho de sus abuelos. Por lo tanto su infancia humilde, se concentró en estudiar, ayudar en la casa y cuidar el rebaño de cabras de su abuelo.

Cuando Raúl cumplió 11 años, su padre, don Heriberto, se llevó a la familia a Río Bravo, Tamaulipas, para incorporarse a la pizca de algodón. Una casita construida con láminas de cartón era el patrimonio de la familia González Rodríguez. Aquí vivieron varios años, Raúl estudió la secundaria, en tanto su progenitor trabajaba arduamente en el campo.

Ya en secundaria, a Raúl le atrajo el deporte. Lo mismo practicaba el fútbol que el béisbol o fútbol americano. Sin embargo, su pasión era la carrera, pues ahí el éxito o la derrota dependían exclusivamente del esfuerzo individual, no se compartían con nadie.

En septiembre de 1969, González tomó una determinación importante en su vida. Le comunicó a su padre que se iba a Monterrey a estudiar en la Universidad Autónoma de Nuevo León la carrera de ciencias físico-matemáticas.

Sin recursos económicos, sobrevivió los primeros meses gracias a la ayuda de algunos amigos. Al no haber dinero, Raúl caminaba largas distancias para llegar a la escuela y regresar a su casa.

Un día, el profesor Guadalupe Hernández, su maestro de Educación Física en la secundaria, lo invitó a participar en una carrera en Tamaulipas. Cuál sería la sorpresa que momentos antes de iniciar la competencia se le notificó al orgullo de China, Nuevo León, que la prueba no sería corriendo sino de caminata, sobre una distancia de tres kilómetros.

Ya estando allí, Raúl participó y fue el vencedor de la competencia. Su técnica no fue mala, lo cual advirtió Daniel Garza Moreno, responsable del atletismo en la universidad regiomontana, quien le instó a dedicarse por completo a esta prueba.

En 10 meses los resultados saltaron a la vista, lo cual atrajo la atención del entrenador nacional, el polaco Jerzy Hausleber. La invitación se hizo formalmente y así en poco tiempo, Raúl González empacaba sus cosas para dirigirse a la Ciudad de México e incorporarse por completo a los entrenamientos en el CDOM. El 6 de enero comenzó oficialmente su carrera como marchista.

Los buenos resultados se dieron pronto en la carrera de Raúl, pues ocupó la tercera posición en el Centroamericano efectuado en

Kingston, además de alcanzar importantes lugares en la gira realizada por el grupo en algunas ciudades de Estados Unidos.

Cuando se realizó la selectiva para los Juegos Olímpicos de Múnich 72, González no pudo meterse en la que era su prueba, los 20 kilómetros, por lo tanto debió sudar la gota gorda para alcanzar un sitio en los 50 kilómetros.

A Raúl no le importaba dónde iba a concursar, sino estar en una Olimpiada. Se cumplía así la primera ilusión de su vida deportiva: estar en unos Juegos Olímpicos con tan sólo 20 años de edad.

En aquella justa, el andarín regiomontano finalizó en un decoroso vigésimo lugar, si se toma en cuenta su novatez. Sin embargo, para él fue una dura experiencia, no le gustó ubicarse en ese lugar.

De momento, regresó a Monterrey para continuar con sus estudios, aunque en poco tiempo tomó una resolución, volver al CDOM, entrenar y así aspirar a ser campeón olímpico. Dejaba los estudios para dedicarse por completo a su pasión: el deporte.

Vinieron por delante tres años de intenso trabajo, recompensados con marcas y lugares interesantes que depositaban en Raúl González la confianza necesaria para soñar con estar en el podio olímpico.

Por desgracia, debido a la falta de concursantes en los Juegos Olímpicos de Montreal '76, la prueba de marcha de los 50 kilómetros no se llevaría a cabo, por tal motivo, Raúl no tuvo otra

alternativa que buscar la medalla en la prueba de los 20 kilómetros. Puso todo de su parte, pero el esfuerzo no le alcanzó, Daniel Bautista fue el vencedor, mientras que él cruzó la meta en quinto lugar.

Se habían cumplido dos ciclos olímpicos y la presea no aparecía colgada en el cuello del norteño.

La tercera pudiera ser la vencida. Nuevamente Raúl no cejó en su intento y permaneció entrenando fuerte con miras ahora a los Juegos de Moscú '80. La madurez como deportista lo había alcanzado ya, lo cual, aunado a su experiencia, cobijaban en él buenas expectativas.

Parecía que Raúl llegaría en su mejor momento a la Olimpiada, pues en este lapso se dio el lujo de implantar dos marcas mundiales en los 50 kilómetros, ambas en el año de 1978. La primera, el 25 de abril en el Autódromo Hermanos Rodríguez de la Ciudad de México, con tiempo de 3:45'52, y la segunda, el 11 de junio en Praga, Checoslovaquia, con registro de 3:41'19. Estos importantes registros, le ayudaron para que ese año ganara el Premio Nacional del Deporte, el cual recibió de manos del presidente José López Portillo.

Todo marchaba viento en popa no sólo para González sino para el equipo nacional de marcha hasta la que fue la última etapa de entrenamiento a escasos meses de los Juegos Olímpicos.

Dicha práctica se llevó a cabo en Puno, Perú, y no en La Paz, como se había acostumbrado. Esta nueva experiencia fue muy mala.

Las condiciones climatológicas eran extremadamente frías, el lugar era incómodo, lo cual aunado a las desgastadoras sesiones de trabajo, trajo como consecuencia lesiones en algunos de los integrantes de la selección cuando ya la Olimpiada estaba a sólo unas semanas.

Este contratiempo, cambió por completo la táctica de las pruebas en los Juegos Olímpicos. Daniel Bautista y Raúl González fueron los elegidos para suplir a Ernesto Canto y Enrique Vera, por lo tanto caminarían los 20 y 50 kilómetros. Para entonces, el desconcierto era mayúsculo entre los marchistas y la seguridad había disminuido considerablemente.

Se esperaba que la marcha trajera cuatro preseas, y regresó tristemente con las manos vacías.

Raúl González se quedó en la sexta posición en los 20 kilómetros y en los 50, la que era su prueba, terminó desfallecido a la altura del kilómetro 42. Despertó desconsolado en la sala de enfermería del Estadio Olímpico con una frustración enorme, pues con éstos habían sido sus terceros juegos y en ninguno había logrado trascender.

A raíz de esta mala actuación, el Comité Olímpico Mexicano en conjunción con la Federación Mexicana de Atletismo, decidió hacer una limpia en el equipo de caminata, por lo tanto pidió al profesor Hausleber un informe por escrito de cada uno de los integrantes de la selección.

De manera increíble, en el caso de Raúl González, el reporte era severo hacia él. Se le calificaba de rebelde, neurótico, de poseer un elevado amor propio y un espíritu conflictivo, además de un mal carácter. Y lo más contundente fue la conclusión, baja definitiva del equipo.

Raúl González, sorprendido ante esta situación presentó una demanda por difamación. Intervino el Comité Olímpico Mexicano, y varias autoridades deportivas mexicanas. La telenovela concluyó con la marginación de González del CDOM, pero no del deporte. Con la mente en alta decidió limpiar su honra y mantenerse en activo como deportista independiente. Sin duda una decisión arriesgada, en donde en apariencia llevaba más las de perder que las de ganar.

El andarín regiomontano inició así una nueva etapa en su vida. Por principio de cuentas recurrió a los ahorros para poder solventar los gastos hacia la Copa Lugano en 1981. De igual manera tuvo en el doctor Salvador Garayzar y en el fisiatra Arturo Alfaro, a dos de sus principales colaboradores.

Los resultados positivos volvieron a aparecer en la carrera de Raúl, y curiosamente vino el perdón de parte del CDOM, el cual González no quiso aceptar.

Sufriendo para costear sus viajes, buscando patrocinadores y pagándoles a sus colaboradores, así se la pasó el marchista en los siguientes dos años, en los cuales su nivel competitivo renacía para pelear al parejo con los mejores del mundo.

El tiempo pasó tan rápido que cuando Raúl se dio cuenta, ya estaban a la vuelta de la esquina los Juegos Olímpicos de Los Angeles '84. En la selectiva ganó su boleto en ambas pruebas.

Se presentó entonces a competir en su cuarta Olimpiada. La primera prueba en Los Angeles fue la de los 20 kilómetros y se efectuó el 3 de agosto.

México cimentaba las esperanzas de ganar una presea en las piernas de Ernesto Canto y del mismo Raúl. El Memorial Coliseo de Los Angeles estaba lleno, sobresaliendo una buena cantidad de banderas mexicanas.

La pareja mexicana trabajó muy bien. Dejó que el canadiense Leblanc se adelantara muy temprano en la competencia a sabiendas que no era una estrategia adecuada. Y así fue. A la altura del kilómetro 10, el canadiense se había rezagado. De hecho únicamente tres marchistas se veían completos en busca de las medallas: Raúl González, Ernesto Canto y el italiano Maurizio Damilano, campeón olímpico cuatro años antes.

Los tres andarines no cejan en su intento. Canto mantiene un buen paso, no obstante acumular ya dos amonestaciones, en tanto Raúl ya rebasó al europeo y su mente vislumbra un esfuerzo más por ganar la medalla de oro.

Sin embargo, el derroche de energías del regiomontano no fue suficiente. Fue dramático. México hacía el 1-2, con Ernesto Canto

entrando en primer sitio con tiempo de 1:23:13 y Raúl González en segundo lugar con 1:23:30. Por fin, González ganaba una presea olímpica.

Lejos de estar contento con el segundo lugar, Raúl González esperaba con ansiedad la prueba de los 50 kilómetros. Él quería el oro y sabía que esta podía ser su última oportunidad.

El 11 de agosto Raúl regresó al Memorial Coliseo con la firme intención de ganar el oro. El metal dorado se había convertido en una obsesión.

Escuchó con atención las últimas indicaciones de los jueces y a la ocho de la mañana emprendió su cita con la historia. En esta ocasión Martín Bermúdez y Ernesto Canto eran los compañeros del regiomontano aunque para Ernesto ésta no era su prueba.

Raúl se mantuvo siempre en el grupo puntero sin desperdiciar energías. Andaba con seguridad. Física y mentalmente estaba fuerte.

Durante los primeros 15 kilómetros el grupo de competidores era mayúsculo, sin embargo, conforme se fue haciendo vieja la prueba el número de andarines en busca de las medallas se redujo.

Raúl González concursaba ahora con menos adversarios. En el kilómetro 25 se mantenían con vida cuatro atletas y 10 mil metros más adelante sólo quedaban Maurizio Damilano y el regiomontano. Todavía el europeo se mantuvo pegado al mexicano hasta el kilómetro 40. De ahí en adelante el calor hizo mella en él, mientras que en nuestro representante no había señales de fatiga.

González aprovechó el cansancio del italiano para dar un último jalón y tronarlo por completo. Así lo hizo. Raúl se quedó solo en la punta con una considerable ventaja sobre su más cercano perseguidor. La medalla estaba muy cerca. El sueño estaba a punto de hacerse realidad.

A escasos metros de la meta y ante un estadio lleno que le aplaudía y gritaba el nombre de ¡México, México!, el marchista mexicano no pudo contener el llanto a causa de la emoción. Cruzó la meta en primer lugar estableciendo nuevo récord olímpico con tiempo de 3:47:26. Por fin, a los 32 años de edad, tras cuatro Juegos Olímpicos, Raúl González Rodríguez saboreaba la gloria de una medalla de oro olímpica.

Después de esto, el regiomontano se retiró momentáneamente de las competencias para hacerse cargo de un puesto público en el estado de Nuevo León. Sin embargo, en 1987 el gusanito le hizo volver a las pistas, fue poco tiempo, aunque le bastó para ganar plata en los Panamericanos de Indianápolis en 50 kilómetros.

Tras los Panamericanos Raúl González recibió una invitación de Carlos Salinas de Gortari, candidato del PRI a la presidencia, para integrarse a su campaña. Fue una decisión difícil, pero González aceptó la invitación. Meses después, cuando Salinas fue electo presidente, el mandatario lo designó presidente de la Comisión Nacional del Deporte y de la Confederación Deportiva Mexicana para el sexenio 1988-1994.

La brillante trayectoria de Raúl González tuvo un magnífico colofón. En diciembre de 1987, la Federación Internacional de Atletismo lo distinguió como el mejor marchista en la distancia de los 50 kilómetros de toda la historia.

ENTREVISTA CON RAÚL GONZÁLEZ

Para conocer más detalles sobre su carrera deportiva, decidimos localizar a Raúl González. La tarea no parecía sencilla pues al terminar el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, él también dejó su cargo en la Comisión Nacional del Deporte y nada se sabía de su paradero.

Sin embargo sólo bastó una llamada telefónica para contactar al mejor marchista en la historia de los 50 kilómetros. Nos invitó a su espaciosa casa del Distrito Federal, y ahí, con toda la calma y la confianza posible, se displayó ante la grabadora.

-¿Cómo se dio su gusto por la caminata?

"Realmente fue un poco circunstancial porque a pesar que desde chamaco me gustaban los deportes y llegué a jugar béisbol, fútbol e incluso boxeo, lo que más me gustaba era la carrera. Pero hasta ahí, jamás imaginé que el deporte pudiera ser una obsesión en mi vida. Yo quería estudiar y graduarme como físico-matemático y hacer mi vida como todos.

"Sólo que a través de Guadalupe Hernández, quien fuera mi maestro de educación física en la secundaria, recibí una invitación para participar en una carrera, la cual a la mera hora no fue de

velocidad sino de caminata. Así, sobre la marcha el profesor me enseñó un poco la técnica y no sólo competí sino que gané.

"Ya en la Universidad de Nuevo León me insistieron mucho en que yo tenía cualidades para ser marchista y no corredor, y pues de tanto decirme me convencieron".

-Todo esto sucedió en muy poco tiempo, ¿no es así?

"En efecto. En pocos meses me convencieron en ser marchista, concursé con éxito en varias competencias, motivo por el cual el profesor Hausleber me invitó a formar parte del equipo nacional de marcha.

"Tuve que venir a México. Pretendí compaginar estudios con entrenamiento, no me fue posible. Y al siguiente año en que me inicié oficialmente como marchista competía ya en mis primeros Juegos Olímpicos a la edad de 20 años".

-¿Cuál fue la reacción de su familia al comunicarles que se dedicaba de lleno a la marcha?

"De apoyo, desde luego les hubiera gustado que hiciera una carrera, sin embargo apoyaron mi decisión sin objeción alguna".

-¿Qué meta se había trazado al decidir que su vida estaría ligada al deporte?

"Cuando entré al grupo de caminata me propuse no sólo ocupar un sitio dentro de él sino ser el mejor. Por eso me gustaba estudiar y aprender de lo que hacía. Era un fanático del aprendizaje de todos los aspectos técnicos, por lo tanto se

repetían estas palabras en mi cabeza: tengo que llegar más allá de donde los demás hayan llegado".

-¿Qué sintió tras su participación en su primera Olimpiada?

"Al principio mucha ilusión. Ya después de la competencia esa incapacidad para lograr un mejor lugar me dejó una sensación de insatisfacción y amargura que no pude digerir durante un buen tiempo. No había razón para ser perdedor.

"Desde ese momento supe que un lugar en el podio se conquista con trabajo, perseverancia, esfuerzo, y sobre todo, con tiempo".

-En 1977 pasó por su mente el retiro, ¿quién lo disuadió de esta decisión?

"El profesor Hausleber. Y es que sentía que mi rendimiento ya no alcanzaba, ya no daba más. Creía que mi capacidad no bastaba para lograr una medalla olímpica.

"Él me dijo que le gustaría que mi carrera no terminara de esa manera. Que lo hiciera con buenas actuaciones, dejándole a la gente un buen recuerdo, el recuerdo de un atleta ganador. Y la verdad me levantó el ánimo, me motivó a continuar en la brega."

-Platíquenos ahora de aquel famoso campamento de altura en Perú, previo a los Juegos Olímpicos de Moscú.

"Fue una experiencia difícil. El profesor decidió realizar el trabajo de altura en Puno, Peru, y no en La Paz, como se había acostumbrado. Por desgracia no fue una decisión correcta.

"El viaje desde México resultó muy pesado, cansado. Ya ahí, la temperatura era muy fría, hubo días en que trabajamos a 12 grados centígrados bajo cero. Al no estar acostumbrados a entrenar en estas condiciones, varios de los compañeros lo resintieron y como consecuencia vinieron las lesiones.

"Ante esta situación, Daniel Bautista y yo tuvimos que competir en dos pruebas en Moscú, y no estábamos preparados para ello. Los resultados fueron pésimos, yo no pude terminar la competencia de los 50 kilómetros pues me desmayé y nadie de la delegación me ayudó.

"Fue frustrante, cuando mejor me sentía deportivamente hablando sucedió esto. Anímicamente y moralmente me sentía por los suelos."

-¿Cómo reaccionó después del informe del profesor Hausleber en febrero de 1981, en el cual se le calificaba duramente y se le marginaba del equipo nacional de marcha?

"Sentí mucho coraje y decepción. No podía creer que el profesor Hausleber pudiera calificarme de amargado, inconforme y neurasténico, cuando él había sido mi consejero y me había apoyado mucho en mi carrera deportiva.

"Metí una demanda por difamación, aunque no evité que me excluyeran del equipo. De todas maneras fue un momento triste y difícil en mi vida".

-¿Fue difícil continuar en el deporte de manera independiente?

"La verdad sí. De hecho decidí seguir adelante para limpiar mi imagen, demostrar que esos ataques no tenían fundamento. Lo más complicado para salir adelante fue el lado económico, requería apoyos importantes para poder estar presente en competencias internacionales.

"Gracias a Dios mi trayectoria me abrió las puertas, recobré un buen nivel de competencia y llegué en buenas condiciones a los Juegos Olímpicos de Los Angeles '84, sin el apoyo de las autoridades mexicanas, que después quisieron disculparse conmigo pero yo no lo acepté".

-En la Olimpiada de Los Angeles. ¿por qué no se esforzó más por ganar el oro?

"Es algo que me han cuestionado mucho y la respuesta es la misma. Decidí no presionar a Ernesto Canto, quien iba en primer lugar y acumulaba dos amonestaciones. Millones de mexicanos veían la prueba por televisión. Deseaba que todos observaran que el interés de equipo debe estar por encima del personal.

"¿Qué hubiera pasado si presiono a Canto y lo descalifican? No me lo perdonarían nunca, ni yo mismo. No lo niego, quería el oro. Determiné tronar primero a Damilano y después ir por Ernesto, aunque sólo hasta el final. Acabé con el italiano, pero ya no pude alcanzar a Ernesto.

"Fue angustioso ese kilómetro final, al ver que tendría que conformarme con la medalla de plata".

-Estamos seguros que nunca olvidará esta fecha, 11 de agosto de 1984. Describanos lo que sucedió ese día.

"Nunca lo olvidaré. Ha sido uno de los días más felices de toda mi vida. Por principio de cuentas me desperté como a las cinco de la mañana, me bañé con agua fría, tomé un desayuno rico en calorías. Posteriormente me vestí y después del calentamiento, bebí dos vasos de agua preparada para evitar la deshidratación.

"De ahí me fui al estadio. La tensión y los nervios me invadían por completo. Escuché las indicaciones de los jueces e inició la competencia.

"Desde el principio me mantuve junto con Martín Bermúdez en el grupo puntero, trabajamos en equipo. Poco a poco el grupo se fue reduciendo, primero quedaban cuatro y después sólo dos, Damilano y yo. A 10 kilómetros del final el italiano se quedó. Por mi mente todo pasaba rápido, recordaba todas las angustias, los sinsabores, los fracasos; las veces que había llorado de amargura y rabia, los esfuerzos sin límites en Bolivia, la muerte de mi padre y muchas cosas más que había hecho de 15 años en adelante.

"A la altura del kilómetro 45 estaba solo. Escuchaba los aplausos, sentía la victoria de mi lado. por lo tanto, busqué la marca olímpica. Aceleré el paso sin descuidar mi técnica y exponerme a una amonestación.

"Al acercarme al estadio, sabedor que el triunfo era mío, me invadió una extraña sensación donde se mezclaban la alegría y la nostalgia. Mis oídos no escuchaban nada.

"Al dar la vuelta para entrar al túnel del estadio, no pude contener la emoción. Mis lágrimas brotaron suavemente. Me encontré con el grito de la gente. Di la vuelta a la pista con una ansiedad inmensa por terminar.

"En los metros finales, el llanto fue mayúsculo. Al dar el último paso para cruzar la meta, me cubrí la cara con las manos y luego levanté los brazos al cielo para dar gracias a Dios por todo.

"Lo había logrado y no podía creerlo. Por fin, ganaba una medalla olímpica de oro."

-Finalmente, ¿por qué decidió dejar el deporte para integrarse a la política?

"No fue precisamente la política. Lo que sucede es que el licenciado Salinas me hizo un ofrecimiento, y la verdad no pude fallarle en ese momento pues era un buen amigo de la familia. Fue una decisión difícil, pero no me arrepiento.

"Sé que mucha gente me criticó al terminar mi labor al frente de la Conade y la Codeme, pero quiero decirles que hice las cosas lo mejor posible, sin algún interés personal, todo en beneficio del deporte mexicano".

ERNESTO CANTO, ÚLTIMO MEDALLISTA DE ORO

Desde luego sería un placer continuar hablando de mexicanos triunfadores en Juegos Olímpicos, pero por desgracia, Ernesto Canto fue el último que subió al podio en primer lugar, ello aconteció en los Juegos de Los Ángeles '84.

Ernesto Canto Gudifo nació en la Ciudad de México el 18 de octubre de 1959. Es hijo del matrimonio formado por Enrique Canto Velázquez y Guadalupe Gudifo.

La infancia de Ernesto fue placentera, feliz. Su progenitor, un destacado basquetbolista, inculcó en sus hijos el amor por el deporte, lo cual hacían con gusto. Canto jugó fútbol, basquetbol y voleibol en su estancia en la primaria.

Ya en secundaria, Ernesto estudió en la número 94, agregó a los deportes ya citados la práctica del atletismo, en donde en poco tiempo comenzó a sobresalir en las pistas, hasta que su profesor de Educación Física, Miguel Ángel Sánchez, vio en él cualidades para trascender como marchista.

En mayo de 1972, a la edad de 13 años, Ernesto Canto tuvo su primera competencia oficial en una distancia de 600 metros. Se ubicó en sexto lugar, no estuvo mal para ser su primera vez.

De ahí en adelante vino una evolución y un crecimiento interesante en la carrera deportiva de Ernesto. En septiembre de ese mismo año conoció a Daniel Bautista y a Raúl González, del primero se hizo su amigo y ya en el equipo de marcha compartieron

mucho tiempo de su vida en concentraciones, entrenamientos y desde luego, competencias.

Un año después, Canto Gudino fue observado por el profesor Jersey Hausleber, quien le hizo algunos comentarios respecto a su técnica, los cuales sirvieron de mucho en el desempeño del andarín, pues a los pocos días, ya en la categoría juvenil, Ernesto tuvo su primer evento a nivel internacional en Maracaibo, Venezuela y no defraudó a nadie. Regresó a México con su primera medalla de oro.

Los buenos resultados recolectados por Ernesto Canto en los dos siguientes años le valieron para formar parte, ya de manera oficial, del equipo mexicano de marcha al lado de Daniel Bautista, Raúl González, Martín Bermúdez, Domingo Colín, Enrique Vera y Pedro Aroche. Este equipo a la postre se convertiría en uno de los más poderosos del mundo en esta disciplina.

Individualmente hablando, Canto rescató importantes resultados en la gira hecha por el equipo nacional a Europa en 1977. No se ubicaba en los tres primeros sitios, pues ellos eran acaparados por Bautista y Colín. Es importante señalar que él se especializó en los 20 kilómetros.

Ya para 1979 y principios de 1980, este jovencito, no muy alto de estatura, daba de que hablar en el atletismo internacional. Había bajado considerablemente sus tiempos y ya se ubicaba en una buena posición para pelear al tú por tú con los mejores del mundo.

Los especialistas lo señalaban como una amenaza seria en los Juegos Olímpicos de Moscú.

Sin embargo, vino aquella tan comentada última etapa de preparación en Puno, Perú, donde varios marchistas sufrieron las consecuencias del extremo frío. Uno de ellos fue Ernesto Canto, quien a 15 días de los juegos sintió fuertes dolores en su pierna izquierda. El diagnóstico: periostitis (inflamación de la membrana que rodea a los huesos), por fatiga en el muslo y tibia.

No obstante que se le incluyó en el contingente que acudiría a tierras moscovitas, el profesor Hausleber le dijo que era preferible que no hiciera el esfuerzo por competir, pues podría agravar más la lesión. Fue un duro golpe para Ernesto, tantos años de preparación se iban por la borda.

Canto Gudifo fue un porrista más. No cejó en apoyar a su gran amigo Daniel Bautista. Fue precisamente Ernesto quien consoló a Daniel cuando lo descalificaron y quien le prometió vengar esa dolorosa situación cuatro años más tarde.

Repuesto del mal sabor de boca, el marchista, capitalino se rehizo para levantar la cabeza y seguir adelante, máxime con el retiro de Daniel Bautista. En 1981 Ernesto triunfó en la Copa Lugano de Caminata. Ese buen año de competencias, le valió para ganar el Premio Nacional del Deporte, el cual recibió de manos del presidente José López Portillo.

El buen momento de Canto era desenfrenado, nadie lo detenía. En 1983, obtiene la medalla de oro en los Panamericanos realizados en Caracas, Venezuela; además se impone en Helsinki, en cerrado final, al checoslovaco Joseph Fribilinec, para así proclamarse

Campeón Mundial de la especialidad, hazaña jamás igualada por otro atleta mexicano.

Ernesto Canto atravesaba por un gran momento en su carrera. Su trabajo fue reconocido al ser honrado como el mejor andarín del mundo en los 20 kilómetros.

Por si fuera poco, meses antes de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, Canto Gudíño impuso dos récords mundiales en días consecutivos en la pista del estadio Fanna, en Bergen, Noruega. El 5 de mayo estableció el de la hora al recorrer 15,253 metros. Al día siguiente el de los 20 kilómetros con tiempo de 1:18:38.

Con estas cartas credenciales, llegó el tan esperado día para Ernesto Canto: 3 de agosto de 1984, prueba de marcha 20 kilómetros durante los Juegos Olímpicos de Los Ángeles '84.

Un atiborrado Memorial Coliseum, donde se escuchaban los gritos de aliento hacia los marchistas mexicanos, esperaba impaciente que se diera el disparo de salida.

A las 17:15 horas, tiempo local, Ernesto Canto, con el número 632 en su camiseta, inició con determinación su camino hacia la medalla olímpica. El sol era radiante y la temperatura extrema, el termómetro marcaba 30 grados centígrados.

Ernesto Canto, junto con Raúl González, el canadiense Gilleime Leblanc y el italiano Mauricio Damilano, andaban con firmeza. Hacia la mitad de la competencia ellos se mantenían en el grupo puntero, los demás se habían rezagado de manera considerable.

Caminaron juntos hasta el kilómetro 15. El canadiense ya no resistió el ritmo. Ernesto Canto se veía bien y marcaba la pauta de la competencia. A dos kilómetros de la meta, Canto decidió acelerar el paso y dejar atrás a sus rivales. Fue una maniobra arriesgada pues hasta ese momento acumulaba ya dos amonestaciones, una tercera le hubiera costado la descalificación de manera automática.

Sin embargo, a Ernesto no le importó nada. Él quería ganar. Ya nunca volteó hacia atrás. Al llegar al túnel, la gente en el estadio se puso de pie y lo llenó de aplausos y gritos de aliento. Ernesto Canto rompió el listón como vencedor luego de una hora 23 minutos y 13 segundos de agotador esfuerzo, ganando así la medalla de oro.

Todavía Ernesto volvió para cumplir dos ciclos olímpicos más, Seúl '88 y Barcelona '92, aunque ya su dominio fue en decadencia.

En Seúl estuvo cerca de otra medalla. A la altura del kilómetro 18, cuando se encontraba solo en la punta, con muy buenas posibilidades de ganar la competencia, el juez alemán Ulfert Krammer lo descalificó. Fue un momento difícil de frustración para Canto, quien ahora recibió el hombro de Daniel Bautista para llorar su coraje.

Ya en Barcelona, sólo compitió la sombra de Ernesto Canto. Al término de esa Olimpiada dijo adiós a la marcha.

ENTREVISTA CON ERNESTO CANTO

Es curioso, pero a varios deportistas destacados les dio por dedicarse a la política. Daniel Bautista, Raúl González, Felipe Muñoz, Jesús Mena y ahora Ernesto Canto, asambleísta en el Distrito Federal por parte del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Fue precisamente en un cubículo de la Asamblea de Representantes en el centro de la ciudad de México, donde logramos entablar conversación con el último medallista dorado que ha tenido nuestro país en la historia de los Juegos Olímpicos.

—¿Cómo se inició en la caminata?

"Tenía yo 13 años cuando el profesor Sánchez me motivó para practicarla. Yo no tenía ni idea de lo que era, pero sabía quién había sido el sargento Pedraza y lo que había hecho en los Juegos Olímpicos de México.

"El profesor vio cualidades en mí y desde entonces me adentré por completo a la práctica de este deporte."

—¿Qué nos puede decir del apoyo que le dio su familia?

"Fue total. De hecho todo lo que soy como persona se lo debo a mis padres. Ellos comenzaron por ofrecernos una infancia tranquila y feliz. Nunca vivimos con grandes lujos, pero jamás nos faltó nada. Siempre procuraron conjuntar realmente una familia y lo lograron a plenitud.

"En cuanto al deporte, mi padre fue un destacado basquetbolista y siempre nos inculcó la práctica de alguna disciplina deportiva".

-¿Qué sintió al ser en poco tiempo compañero de Daniel Bautista?

"Estaba muy lejos de imaginar que con el paso del tiempo llegaría a ser tan buen amigo de Daniel. Nos volvimos inseparables. En giras y concentraciones compartíamos habitación, además de triunfos y momentos tristes".

-¿Se puede decir que Daniel Bautista fue su maestro?

"Por supuesto, yo lo admiraba mucho. En los Juegos Panamericanos de México '75, vi cómo se esforzó Daniel, aprendí su técnica y el coraje que puso para alcanzar y superar a Larry Young. Fue la mejor escuela para mí".

-¿Entonces sufrió doble en Moscú, primero por no poder competir y luego por la descalificación de Bautista?

"Así es. Fue frustrante para mí que a dos semanas de la Olimpiada una lesión me marginara de los Juegos. Recibí palabras de aliento de parte de mis compañeros que me ayudaron a aceptar con frialdad la resignación.

"Y ya en la competencia no cejé de apoyar y alentar a Daniel, quien como siempre iba en punta. La última vez que lo vi le faltaban 300 metros para dar la última vuelta. Con esa confianza me fui al estadio para esperarlo. Todavía en el tablero electrónico se mantenía de líder.

"Sin embargo, cuál fue mi sorpresa al ver entrar a Damilano, de inmediato pensé en la descalificación. Regresé al circuito y lo

encontré. Los dos lloramos. Entonces le prometí que cuatro años después le devolvería a México la medalla de oro."

-Después de cumplir un exitoso ciclo olímpico, describanos su victoria del 3 de agosto de 1984.

"Me desperté como a las nueve de la mañana. Desayuné un sandwich, platicué con algunos atletas en la Villa Olímpica y me fui a recostar para relajarme.

"En ese tiempo, recordé mi vida como competidor, todo lo que había pasado para estar en ese lugar, por lo tanto no podía defraudar a todos los que me habían apoyado y quienes habían creído en mí, empezando por mi familia.

"Después, repasé mi plan de competencia, me vestí, comí y me trasladé al estadio. Junto con Colín y Raúl hice equipo, estábamos bien preparados así que intentamos marcar la pauta en la prueba. Leblanc, un canadiense, quiso presionarnos al intentar una fuga tempranera pero lo dejamos ir, sabiendo que no era peligroso.

"Poco a poco el grupo se redujo a tres, Raúl González, Mauricio Damilano y yo. A dos kilómetros de la meta, vi que se rezagaron un poco, por lo tanto atacué, sin pensar que tenía ya dos amonestaciones y una tercera acabaría por completo con mi sueño.

"Cuando llegué al túnel, recorrí ansioso los cien metros finales. Sentí un escalofrío al sentir la ovación y los aplausos del público. Al cruzar la meta, me dije, 'lo he logrado, he cumplido mi promesa'."

-¿Es verdad que estar en el podio, es un momento que nadie cambiaría en la vida?

-Sí. Es indescriptible el sentimiento que se vive. Es el momento más sublime que puede vivir un deportista. La medalla de oro es la constancia, es la realidad que ves y tocas."

-Cuatro años después le tocó ser descalificado cuando se veía que podría repetir como triunfador, ¿qué sintió?

"Mucho coraje. Y es que reconozco que mi preparación no había sido tan buena como la de Los Ángeles, pero ya en la prueba di todo para refrendar mi título. Ya había dejado atrás al alemán Weigel cuando su compatriota, el juez Krammer, por ardor, me descalificó injustamente. Fue una experiencia dolorosa y difícil de olvidar".

TRISTE COLOFÓN

En los Juegos Olímpicos de Seúl '88, Barcelona '92 y Atlanta '96, ya no hubo preseas áureas para México.

En 1988, Jesús Mena rescató el honor de la delegación mexicana al obtener bronce en la prueba de plataforma 10 metros. Dicha medalla fue meritoria pues el clavadista azteca apretó y soportó la presión del soviético Georgy Chogovadze, para quedarse con la tercera posición, pues ya los dos primeros puestos estaban fuera de su alcance. En aquella ocasión el contingente nacional estuvo conformado por 86 competidores.

Cuatro años después, la decepción y el ridículo fueron mayúsculos. Los Juegos Olímpicos de Barcelona coincidieron con el periodo presidencial de Carlos Salinas de Gortari, quien fue el creador de la llamada Comisión Nacional del Deporte (Conade), organismo responsable de apoyar y fomentar el deporte en todos los rincones del país y cuyo titular fue el exmarchista, Raúl González.

Al inicio del mandato de Salinas, apareció la retórica. Se hablaba de apoyar como nunca a través de la Conade y la Secretaría de Educación Pública, el deporte amateur en México, y desde luego financiar adecuadamente la preparación de los competidores de alto rendimiento con miras a la Olimpiada en Barcelona.

Se manejaron cantidades millonarias, las cuales según se destinaron a la compra de instrumental deportivo, mejoras de instalaciones e infraestructura, contratación y sueldos de entrenadores venidos de países mundialmente poderosos en el ámbito

atlético, organización de campamentos y concentraciones en el extranjero, etc..

En fin, todo parecía indicar que nuestros representantes iban a tener la mejor actuación en unos Juegos Olímpicos efectuados fuera de México, superando incluso la actuación de Los Ángeles '84.

Todo era alegría entre los dirigentes. Y desde luego varios de los atletas se contagiaron de esa felicidad. Una semana antes de la partida de la delegación a tierras ibéricas, se realizó la presentación oficial de nuestros representantes así como de los patrocinadores que iban a colaborar económicamente en el triunfo de México.

Raúl González declaró en su momento, que no se prometían preseas, pero que tenía confianza en que cuando menos él esperaba se ganaran nueve preseas en las siguientes disciplinas: marcha, 10 mil metros planos, maratón, clavados, boxeo, vela y futbol.

Con todas estas ilusiones, 113 mexicanos partieron a la conquista de Barcelona 1992. ¡Oh decepción! las derrotas cayeron como las gotas en la lluvia, las preseas quedaban muy lejos del cuello de nuestros competidores, hasta que por fin llegó Carlos Mercenario, quien sacó la casta y se apoderó de una sufrida medalla de plata en la prueba de marcha 50 kilómetros. Por lo menos no regresaron con las manos vacías.

Los directivos excusaron un sinnúmero de tonterías para justificar el rotundo fracaso de la delegación. El contingente en el cual se habían creado muchas expectativas y en el que se habían

gastado millones de dólares en su preparación, sólo hizo el ridículo.

Con estos nada gratos antecedentes llegaron los Juegos Olímpicos de Atlanta '96, los llamados Juegos del Centenario. Esta vez no se hizo demasiado ruido en cuanto a las medallas esperadas.

México estuvo presente en esta histórica justa olímpica, con una representación de 104 atletas. Para no variar, la ansiada medallita no aparecía y los juegos se estaban extinguiendo. Por fin, emergió Bernardo Segura, muchacho oriundo de San Mateo Atenco, Estado de México, quien logró subir al podio en la tercera posición dentro de la prueba de marcha 20 kilómetros, para quedarse con el bronce. Fue la única medalla para nuestro país.

Ahora la cuenta regresiva ha comenzado hacia los Juegos Olímpicos de Sidney 2000. El panorama para nuestros atletas no es muy halagador. No hay apoyo ni organización, y se desaprovecha, lamentablemente, una buena infraestructura deportiva. Bueno, no se desaprovecha, es bien utilizada en campamentos de altura por atletas de Cuba, Rusia, Estados Unidos, Alemania, China, Japón.

Además, también hay que decirlo, los atletas no se entregan a su deporte como antaño, dejan pasar mucho el tiempo para entrenar, lo hacen al cuarto para las doce y lógicamente los resultados no son positivos. No hay disciplina.

Ojalá nos equivoquemos y se terminen todos estos vicios, para que volvamos a ver en lo más alto del podio no a nueve, sino a 10, 20 o más deportistas mexicanos. Mucho gusto nos daría reconocer su

esfuerzo y dedicación, saber un poco más de ellos, ponerlos de ejemplo para los niños que sueñan con ganar una competencia a este nivel, y desde luego, para agregarlos a esta reducida lista de medallistas dorados.

BIBLIOGRAFÍA

Greenspan, Bud.

100 Greatest Moments in Olympic History.

Nueva York, General Publishing Group, 1996, 225 pp.

Márquez, Ramón y Armando Satow.

Medallistas Olímpicos Mexicanos.

México, 1986, Trillas, 459 pp.

Murillo Vega, José y Fernando Schwartz.

El libro olímpico.

México, Diversión, 1988, 304 pp.

Murillo Vega, José y Fernando Schwartz.

... por la gloria del deporte. 100 años del olimpismo moderno.

México, Campeones de México, 1996, 168 pp.

Postman, Andrew y Larry Stone.

The Ultimate Book of Sports Lists.

Austin, Shanigram, 126 pp.

Wallechinsky, David.

The Complete Book of the Olympics.

Los Angeles, Graham, 1992, 673 pp.

The Complete Book of the Summer Olympics.

Toronto, Little, Brown and Company, 1996, 844 pp.

Wels, Susan.

The Olympic Spirit, 100 Years of the Games.

Del Mar, Tehabi Books, 1996, 180 pp.

The olympic movement.

Lausana, Comité Olímpico Internacional, 218 pp.

Official Book México 1968.

Lausana, Comité Olímpico Internacional, 220 pp.

Official Book Los Angeles 1984.

Lausana, Comité Olímpico Internacional, 431 pp.

Official Book Barcelona 1992.

Lausana, Comité Olímpico Internacional, 698 pp.

Official Book Atlanta 1996.

Lausana, Comité Olímpico Internacional, 976 pp.

HEMEROGRAFÍA

Abad, Mario.

"La Antorcha y el Fuego de la Eternidad".

Época.

México, Distrito Federal.

8 de julio de 1996.

Páginas 6-7 (Época Olímpica).

_____.

"La Paz Olímpica Durmió 15 Siglos".

Época.

México, Distrito Federal.

13 de mayo de 1996.

Página 10 (Época Olímpica).

Becerril, Víctor y Dulcinea Sañudo.

"Binomios Inmortales".

Reforma.

México, Distrito Federal.

9 de julio de 1996.

Página 5D (Sección Deportes).

Enríquez, Federico.

"Pancho Cabañas y la Primera Presea".

Época.

México, Distrito Federal.

20 de mayo de 1996.

Página 10 (Época Olímpica).

González Llaca, Edmundo.

"Más allá de la derrota".

Excelsior.

México, Distrito Federal.

8 de agosto de 1996.

Página 7A.

González, Martha Isela.

"Dorados Andarines Aztecas".

Reforma.

México, Distrito Federal.

4 de julio de 1996.

Página 4D (Sección Deportes).

Ocampo, Rafael.

"El derrumbe de los tres deportes que más medallas han dado a México: box, clavados y caminata".

Proceso.

México, Distrito Federal.

Páginas 64, 66, 68-69.

Ramos, Laura.

"Atlanta espera".

Reforma.

México, Distrito Federal.

15 de mayo de 1996.

Página 1D (Sección Deportes).

"La Fosa de los Sueños".

Reforma.

México, Distrito Federal.

6 de julio de 1996.

Página 4D (Sección Deportes).

"Mariles y su Divino Tuerto".

Reforma.

México, Distrito Federal.

25 de julio de 1996.

Páginas 4D-5D (Sección Deportes).

Rule, Víctor.

"La Grandeza Guardada".

Época.

México, Distrito Federal.

24 de junio de 1996.

Páginas 12-13 (Época Olímpica).

"La Inteligencia y el Peligro".

Época.

México, Distrito Federal.

1 de julio de 1996.

Páginas 12-13 (Época Olímpica).

Tapia, José Luis.

"Forjan Prestigio a Golpes".

Reforma.

México, Distrito Federal.

5 de julio de 1996.

Página 5D (Sección Deportes).

S/A.

"Raúl González: el Triunfo Sobre lo Imposible".

Época.

México, Distrito Federal.

27 de mayo de 1996.

Página 12 (Época Olímpica).

FUENTES VIVAS

Entrevistas

Bautista, Daniel.

Medallista en los Juegos Olímpicos de Montreal '76.

Fecha: 19 de mayo de 1996.

Cabañas, Francisco.

Medallista en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles '32.

Fecha: 10 de febrero de 1996.

Canto, Ernesto.

Medallista en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles '84.

Fecha: 24 de septiembre de 1996.

Capilla, Joaquín.

Medallista en los Juegos Olímpicos de Londres '48,

Helsinki '52 y Melbourne '56.

Fecha: 16 de febrero de 1996.

Delgado, Ricardo.

Medallista en los Juegos Olímpicos de México '68.

Fecha: 22 de julio de 1996.

González, Raúl.

Medallista en los Juegos Olímpicos de Los Angeles '84.

Fecha: 5 de octubre de 1996.

Muñoz, Felipe.

Medallista en los Juegos Olímpicos de México '68.

Fecha: 7 de mayo de 1996.

Roldán, Antonio.

Medallista en los Juegos Olímpicos de México '68.

Fecha: 15 de julio de 1996.